

SALZBURG

1: 17,550

Meter

1. Botanischer Garten D4
2. Kautschuka E4

Las escritoras de Salzburgo

ALEJANDRA SZIR

18. St. Peter'skirche D.E.4
19. St. Sebastian'skirche K.E.3
20. Ursula's-Rosete
und Kirche C.3
21. Ursula's-Graber
und Kirchhofburg E.F.4
22. Ursula's-Kirche D.4
23. Ursula's-Kirche
(Katholisch) E.4
24. Ursula's-Kirche E.4
25. Ursula's-Kirche E.E.1
26. Ursula's-Kirche F.4
27. Ursula's-Kirche
D.4
28. Ursula's-Kirche E.4
29. Ursula's-Kirche D.3
30. Ursula's-Kirche D.3
31. Ursula's-Kirche D.4
32. Ursula's-Kirche E.E.4
33. Ursula's-Kirche E.4
34. Ursula's-Kirche E.4
35. Ursula's-Kirche E.4
36. Ursula's-Kirche E.4
37. Ursula's-Kirche E.4

M
V
J

colección
Narrativas
de la Memoria

LAS ESCRITORAS DE SALZBURGO

colección
Narrativas
de la Memoria

ALEJANDRA SZIR

LAS ESCRITORAS DE SALZBURGO

Szir, Alejandra

Las escritoras de Salszburgo / Alejandra Szir ; Comentarios de Matías Facundo Moreno ; Prólogo de Paula Tomassoni. - 1a ed. - La Plata : MEVEJU, 2026.

145 p. ; 20 x 13 cm. - (Narrativas de la memoria)

ISBN 978-631-91014-3-0

1. Memoria. 2. Dictadura. 3. Literatura. I. Moreno, Matías Facundo, com. II.

Tomassoni, Paula, prolog. III. Título.

CDD A860



Subsecretario de Derechos Humanos: Matías Facundo Moreno

Dirección Editorial: Pablo Roesler

Edición y corrección de textos: Ramón Inama,
Clara Becerra y Emiliano Tavernini

Diseño gráfico, tapa e interior: Luciana Civit

Prólogo: Paula Tomassoni

©2026, Szir, Alejandra.

Todos los derechos reservados.

Editorial MeVeJu, 2026.

ISBN 978-631-91014-3-0

300 ejemplares

IMPRESO EN IMPRENTAS DEL ESTADO BONAERENSE

La Plata, Buenos Aires, en el mes de marzo de 2026.

Impreso en Argentina

Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Provincia de Buenos Aires

Subsecretaría de Derechos Humanos

Calle 53 No 653 esq. 8

La Plata, Buenos Aires, CP 1900

(221) 489-3960/63

Editorial.meveju@gmail.com

<http://derechoshumanos.mjus.gba.gov.ar/editorial-meveju/>

PRIMERAS PALABRAS

Las escritoras de Salzburgo, es una novela que nos permite recorrer ese diálogo entre los hijos de la generación diezmada por la dictadura cívico militar y las tramas que el terrorismo de Estado sembró hacia el futuro. El padre de Alejandra, Pablo Szir fue un cineasta desaparecido en 1976, y ella decidió migrar a principios de los 90, cuando el modelo económico que impuso la dictadura se instalaba por medios democráticos.

Su mirada poética sobre la migración, el exilio y el destierro, dialoga con los lectores en este relato que publicamos como parte de la colección *Narrativas de la Memoria* de la Editorial MeVeJu (Memoria, Verdad y Justicia) que tiene la premisa de que toda producción artística sea testimonial y aporte a la construcción de la identidad cultural de nuestra provincia de Buenos Aires.

Creemos que es importante que esta novela integre el catálogo con el que apostamos a seguir recuperando relatos tanto de compañeras y compañeros detenidos desaparecidos o asesinados por el terrorismo de Estado, como así también de sobrevivientes que comparten sus memorias militantes. Además, buscamos publicar escritos que se proponen elaborar, reflexionar y problematizar

diversos acontecimientos de violación a los Derechos Humanos que resultan significativos para la memoria popular.

La colección *Narrativas de la Memoria*, como tejido de voces de ayer y hoy, apuesta por fomentar desde la ficción y la no ficción, los diálogos intergeneracionales movilizandoo la memoria. *Las Escritoras de Salzburgo*, de Alejandra Szir, se inscribe en esta tarea que llevamos adelante desde la Provincia, porque estamos convencidos que un pueblo con memoria es democracia para siempre.

Matías Facundo Moreno

Subsecretario de Derechos Humanos
Ministerio de Justicia y Derechos Humanos
Gobierno de la Provincia de Buenos Aires.

PRÓLOGO

QUE SOMOS COMO LA MALEZA

Ni el cuarto propio de Wolf ni la casa de Yourcenar: el espacio de las escritoras de Salzburgo es tan estrecho y vasto como el mundo. Alejandra Szir escribe en esta novela, que fluye y se desparrama como una melodía, un relato y a la vez un ensayo y a la vez un poema. Dice Roland Barthes que cuando un texto sucede por fuera de la estructura prevista, sucede en su diferencia. Podríamos describir esta novela como el punto de confluencia de voces y miradas que recorren preguntas fundacionales acerca de la escritura, el amor, el exilio, la injusticia.

Los personajes son un grupo de mujeres escritoras (¿o de mujeres que escriben?) cuya imagen representa por momentos las ninfas de Boticelli y en otros a las amigas de *Sex and the city*. Se relacionan por algo en común: su rol/misión/deseo en torno a constituirse escritoras. Escritaras. Las mujeres y aquellas cuestiones contra las que se enfrentan a la hora de escribir, la tensión constante con los tiempos domésticos (¿cómo se mide el tiempo?): *Un ratito de diez minutos para pelar una manzana*

puede ser una experiencia poética. La escritura como necesidad, pero también como deber: *El cuaderno se deja escribir pero se deja ignorar con la misma facilidad.*

Como en una tela de araña, las historias de estas mujeres (y la de los personajes que se relacionan con ellas) se tejen de modo concéntrico y permiten, en su entramado, recorrer distancias y tiempos para ir al centro común: la palabra.

Ningún castellano es puro dice el texto hacia el final y pone en riesgo la idea del lenguaje como refugio. El idioma otro como marca del exilio, como etiqueta del migrante que no siempre asume del mismo modo su diáspora: están los que llegan en avión y los que llegan en balsa. Traducir como un modo de conocer. Aprender una nueva lengua como una oportunidad para re-nacer, para construir de algún modo otro pensamiento. La novela juega con ese español fronterizo, re-creado y re-nacido, que convive con otras lenguas y que se manifiesta compartiendo modismos rioplatenses con neologismos y también con expresiones que parecen producto de una traducción neutra. El lenguaje ya no es refugio porque no es el mismo, y es, es su misma diferencia, marca migrante.

Pero es que nada es lo mismo. Es probable que la gran pregunta de este texto tenga que ver solo con eso: el exilio de la patria y el modo de habitarlo. Porque la Argentina tampoco es refugio. Concentra el dolor de la historia y de la justicia lenta, el presente cruel y el pasado denso que constituye a algunas de estas mujeres y las expulsa en ese no sos de acá ni sos de allá y entonces.

Entonces existimos, aunque hayan querido arrancarnos. Como la maleza volvemos y así será siempre. En su desolación, la novela intenta con cierto optimismo una respuesta a la búsqueda: la escritura como pulsión vital y la poesía. El relato apuesta también al amor. Una mirada empática lo recorre en su totalidad pero tiene algunos puntos claves: el momento en que Mirta decide

quemar su novela para no dañar a quien fuera, en otro momento, su contrincante, y la orgía. En una escena sexual colectiva, digna de El Bosco o de Osvaldo Lamborghini, se destaca el gesto: aliviar al otro, socorrerlo, ayudarlo para el placer. Una bacanal de sexo empático que une lo que el odio divide y juega con el discurrir de fluidos que trascienden lo efímero del momento y son, al mismo tiempo, deseo y origen.

Las escritoras de Salzburgo es una novela a través de la que Szir piensa y hace. Sus personajes nos convidan sus preguntas pero, sobre todo, la lengua en la que se escribe (esa suerte de szirpañol producto de una vida que ha atravesado un mundo en una dirección y no en otra) nos ofrece un punto desde donde mirar lo ya visto, de un modo único y diferencial.

Paula Tomassoni

EINE ANALOGIE ZUR JAZZ-MUSIK

Lola está en contra de las reuniones de escritoras. O de que Mirta y Pamela se lancen a la búsqueda de lo que ella denomina “clichés”. Lola parece más seria y alta con el pelo negro atado atrás. Mirta es morena y simpática. Pamela se ve muy bonita, la blusa celeste ilumina sus ojos castaños. Recién se encontraron en Salzburgo. Todo bien si te gusta Mozart y el chocolate. Pero para hispanohablantes con ambiciones literarias Salzburgo es la muerte en vida.

“Ambiciones literarias”. Lola odiaría una expresión como esta. Para ella son términos que se repelen. Literatura es escribir y punto. Mirta y Pamela respetan muchísimo a Lola, la ven como maestra, pero hay algo juguetón en las dos, superficial, mejor dicho. Les gusta tomarse el tren a Innsbruck para visitar a la artista eslovena, una mujer múltiple, también escritora. La conocieron en un festival de poesía en Viena. La eslovena, una mujer de unos sesenta años, de aspecto deportivo, pelo corto y rubio, estudió Filología Hispánica, danza y fue, en su juventud, tenista profesional. Sus lecturas son performáticas, baila y lee espectacular. Todo ese circo, Lola no está en contra, pero no

entiende la acción: ir a Viena a un festival de poesía, ir a ver a Daria Kovačič a Innsbruck.

En realidad, Lola no tiene tiempo. Da clases de español en la universidad y es un trabajo de nunca acabar. Las pocas horas que tiene libres las usa para leer y escribir. El amor se fue: ese argentino guapo y vanidoso y crío de mamá. A Lola la hacía sentir insegura el hecho de que ella lo hacía sentir inseguro a él. Pamela y Mirta trataron de convencerla de que ya encontraría a alguien con quien realmente tuviese afinidad. El argentino había vuelto a Buenos Aires y se había casado con una chica más joven que además aprobaba su madre. No, sería muy guapo, pero no tenía nada más.

La vida sentimental de Pamela y Mirta parecía en orden. Pamela había tenido un hijo que nació cuando vivían en Holanda, Nino. Trabajaba como traductora, su marido, Fritz, era arquitecto, alemán. Cómo habían terminado en Salzburgo era una historia larga. Se conocieron en Costa Rica donde vivieron un tiempo juntos y, por el trabajo de Fritz se trasladaron a Delft y, luego de seis años, a Salzburgo, también una ciudad pequeña, turística en extremo, pero al menos más musical. Hacía unos meses que habían llegado, Pamela todavía se estaba acostumbrando.

Mirta se sentía un desastre al lado de sus amigas. Casada con Jürg, un austríaco que le daba todos los gustos, se aburría en su casa alpina con jardín. Sus hijos, Vicente, Lucas y Fabio, ya no la necesitaban. Siempre había escrito, pero era un trabajo que en su familia nadie valoraba del todo. Solo cuando ganó el importante premio Novela Joven, hace más de veinte años, sus padres habían estado orgullosos. Publicaron su libro, pero ni ella ni el resto (la editorial, los amigos circunstanciales, esa gente que se le acercó el mes en el que la premiaron y que desapareció seis meses más tarde) se preocupó por su escritura. Debía seguir adelante, publicar más.

La editorial sí se enganchó con Jorgelina Kazán, la joven que ganó al año siguiente. Pero Mirta no quería ser Jorgelina, aunque envidiara su fama. La diva de la literatura argentina, la nueva Isabel Allende. Digamos que su primera novela estuvo bien y después se transformó en una marca, la calidad de sus libros no se mantuvo mínimamente a flote.

Mirta dudó siempre de sí misma, en realidad. Al final escribir es sentarse y masticar cosas, a veces pesadas y angustiantes. Se evadió en la vida. Trató de creerse primero que seguiría escribiendo pero que publicar no era necesario. Después, que lo mejor era olvidarse del asunto. Estudió Historia del Arte en la universidad de Salzburgo y trabajaba, sobre todo en verano, como guía turística en los meses en los que no se iban de vacaciones, que casi siempre eran dos, uno en un rincón de Austria con la familia de Jürg en una casa alquilada entre todos y otro en Buenos Aires con la familia de Mirta.

Era un día de primavera cuando tomaron el tren para ir a visitar a Daria Kovačič. Se sentaron una frente a la otra.

—Me mareo —dijo Pamela y se ubicó mirando de frente.

Mirta dudó si sentarse al lado.

“Al final, yo nunca me mareo”, pensó, y le dio la espalada al destino, a Innsbruck.

Así estaban. Por fin tenían casi dos horas para conversar. Había miles de cosas que querían preguntarse una a la otra. A Pamela le gustaba que Mirta escribiese y que tuviera hijos, aunque Mirta le restara mérito, diciendo que no hacía más que eso y los tours.

A Mirta le pasaban varias cosas. No admiraba a Pamela como admiraba a Lola. Pero creía que tenía talento, que era muy trabajadora. Sentía un aprecio inmenso por los traductores. Simplemente por lo físico que implicaba la acción de traducir. Creía que se sentaban más que los escritores profesionales. Habría excepciones, pero ¿cómo hacía Jorgelina Kazán para ir

al programa de televisión por la tarde y luego estar radiante en la Gala Anual de la Literatura y publicar su columna diaria en *El País* y escribir un libro de trescientas páginas cada año? Se dio cuenta de que Jorgelina la obsesionaba. Era todo culpa de su madre, que le decía “Vos tendrías que haber sido ella”. Casarse con un hombre rico, que además era dulce y atractivo, no era ningún mérito. Haber estudiado en alemán tampoco. Al final solo era un *bachelor*.

Pamela era mejor que ella y que Jorgelina. Era una intelectual. Seis horas diarias se sentaba.

—No lo idealices, no es literatura lo que traduzco —le decía Pamela, pestañeando porque el sol entre los árboles le daba en los ojos.

Así y todo, eran palabras y sentarse. Estaba cerca de escribir.

—No es lo mismo, nunca llegan a ser mis palabras. Al final, el autor es el autor —le explicaba Pamela.

Además, podía pasar períodos sin trabajo que eran muy angustiantes. Y tenía que cuidar a Nino que todavía era chiquito. En septiembre cumpliría tres años.

En ese viaje también recordaron la casualidad de conocerse. En una librería, mirando los pocos títulos en español en el estante. Primero se chocaban entre sí, se estorbaban. La mujer alta y de pelo negro, atado en un rodete era Lola; la bajita y muy delgada de pelo castaño y flequillo, Pamela; y la otra, más morena y robusta, Mirta. Hasta que una se animó y dijo algo. Fue Lola. Desde entonces son un grupo.

Un sótano gigantesco como un galpón. Las sombras juegan en el piso, entran por unas ventanitas angostas y alargadas, son los niños que corren en el jardín francés. El mismo sol deja a los músicos a contraluz y en el piso se ven mejor sus siluetas que de frente: saxofón, piano, batería y bajo eléctrico.

—Aquí recibo a mis visitas —satisfecha Daria hace un gesto al camarero, que en realidad es un joven de aspecto frágil y rasgos orientales, bonito y afeminado.

—¿Tiene refrescos caseros? —pregunta Mirta señalando, como quien no quiere la cosa, una mesa, donde entre los *latte machiatto* y las cervezas *weißbier*, resaltan dos grandes vasos con colores misteriosos, en el interior rodajas de limón, vidrios gruesos y hielo. El calor le coloreó un poco más las mejillas.

—Sí, de ruibarbo, limón o sauco —dice el chico.

—Qué bonitos aros —comenta Daria.

Él apenas toca sus lóbulos y los aros y contesta:

—Sí, sí, nunca me los saco. Me los regalaron mis padres.

Las mujeres escritoras lo miran alejarse.

—Wir können das Wesentliche des Erkennens und Formulierens von dynamischen Begriffen und Gesetzmäßigkeiten in einer Analogie zur Jazz-Musik denken. In jedem Jazz-Stück gibt es ein Motiv. Es kann sich z.B. um einen populären Song handeln. Dieses wird in zahlreichen unterschiedlichen Variationen, vorwärts, rückwärts und in verschiedenen improvisierten und geplanten Wandlungen gespielt. Ist das Wesentliche das ursprüngliche Motiv, welches immer anwesend ist oder die zahlreichen möglichen Variationen, die daraus ein gutes Stück Jazz-Musik machen?

Pamela lee en voz alta el texto pintado en la pared. Se miran las tres sin decir nada, solo el jazz de fondo y las risas de los niños en el jardín. Antes de que Daria empezara con sus preguntas llegan las bebidas.

—Esto ya no se puede —dice chistosa Daria levantando la pajilla de plástico—reglas de la Unión Europea.

El muchacho la mira compungido mientras Pamela confirma la noticia que había salido esa mañana en el periódico.

—Todavía no ha entrado en vigencia —agrega.

—Diles que no compren más —sugiere amable Daria con su sonrisa más amplia y radiante.

El chico se va, ahora aliviado después de la incomodidad.

Pamela todavía se pregunta de qué contexto saldría la cita de la analogía con el jazz, el texto pintado en la pared. Las letras azules parecen formar un poema, pero podrían ser otra cosa.

CUADERNOS MEZCLADOS

[PAMELA]

Hay escritores que pueden escribir en cafés. Que escriben sin parar. Muchos libros. Que priorizan la escritura y que todo gira alrededor de eso. A mí no me criaron así. La escritura fluyó siempre mejor en privado. Debería darle más importancia a mi escribir, pero el mundo es más importante. Si hay sol, mi hijo, amigos, el cine, estar afuera, actividades superfluas como cocinar, limpiar, comprar ropa. Me enseñaron que eso tenía que seguir, que la casa dependía de mí.

¿Qué es lo natural? Capaz lo mejor sea aceptar que soy escritora, que ese es mi trabajo, pero que nadie me ayude en la mundanidad: lavar y doblar ropa, ir a buscar dinero, todo eso afecta mi trabajo. Obstruye. Por otra parte, para mí, escribir sin parar no es una forma de vida. O sí. Esa es la duda. No sé cuál es mi rutina. Probablemente valga la pena escribir más. Sé que me siento menos frustrada si escribo. El alma encuentra una paz y puedo dormir mejor por las noches. Y las otras cosas las sigo haciendo. Es una búsqueda de equilibrio. No hay que dejar de leer, escribir y traducir por hacer las otras cosas. Tal vez mitad y mitad.

[MIRTA]

Sentada en la mesada de la cocina tomo de ese mate chiquito y aguado. Hacer durar la yerba es meditativo. En Facebook abro tu muro y no posteaste nada, desesperada busco algo que no sé, en lo que ponen los demás. Gran parte de los mensajes no los entiendo. Esto es adicción que no puede realizarse por mi ignorancia del medio y, en general, de los otros mundos. Porque el mío es mesada, pensar en vos y pensar en *cremeschitte*, el sandwich de masa de hojaldre con crema pastelera.

El sol me lo permite. Mesada y mesa son mis mundos. Todo lo otro me deja ciega. Comparto y soy torpe. Ahora, voy en bicicleta. No llego muy lejos. Las nieves del tiempo. Vuelvo en bicicleta. Escribo con el cuerpo y con la rueda.

[MIRTA]

Decido no contarte el secreto. Lo amarillo. Algo del pasado está aquí, no todo. Había pensado dejar: la tradición, la creencia. La arrogancia del medio es necesaria. Es una mínima, la que sirve para tirar hacia adelante, para construir los diques de protección de la vida interior. Se puede escribir y vivir entre la gente, pero con sutileza, como una danza libre que no está pautada. Las pautas las ponemos nosotras y la música. Hay que tener en cuenta todos los elementos: los otros cuerpos, la lisura del piso, las condiciones atmosféricas.

¿Podemos decir “escritor”? ¿O eso está corrupto? ¿Deberíamos decir “escribiente”? No quiero ser una poeta solitaria. No quiero ser una productiva escritora de *best sellers*. ¿Sabías que estuve en el Karrieretag y que un *coach* dijo: “¿quién sabe qué es lo que no quieren ser/hacer?”, que yo levanté la mano y que a los que lo habíamos hecho nos retaron porque no hay que saber lo que no, hay que saber lo que sí?

Lo que sí: las mañanas, escribir en ayunas, está bien. Media hora dedicarse a la escritura en otro momento del día, también está bien. Y más adelante es una hora: media hora para escribir en bruto, media hora pasar en limpio. Tertulias, talleres, clubs de libros; todo lo que implique decir: leo, escribo, coordino, todo eso está bien.

Separar el trabajo de la escritura. Las visitas guiadas, el voluntariado. Todo eso tiene otro lugar y jamás reemplazará la escritura. Esa es la promesa que tenemos que hacernos: ni el amor, la familia, los amigos. Escribir es escribir. La fama, los premios, todo eso viene y va. Si viene, disfrútalo. Si no va: la frustración es inútil. Ama la libertad. Creo que nacemos muchas veces, que estamos constantemente perdiendo la inocencia. Ahora la pierdo y es una manera de tenerla otra vez. Creo en el medio y creo en la felicidad de los encuentros que se producen en el camino. Daria, Lola, Pamela. No es todo lo mismo. Todo tiene que ver, todo es la mesa, los libros, el recreo para el mate, para ver la tele con Fabio, las gaviotas desorientadas entre montañas, en mi cielo ridículo por tan azul hoy. Estoy perdiendo la vista. Porque ayer todo se veía borroso en la noche en la bici. Hoy (y ayer de día) todo es nítido, son los días más luminosos del año, el sol, el sol... perder la vista es contraste. Saber lo que se pierde. Voy a bailar mi vida de una buena vez.

[PAMELA]

Me siento y escribo media hora, hasta las doce y media. Ese es el plan.

Quiero escribir sobre lo que sé, para ponerme a escribir sobre lo que no sé. Escribir=investigar.

El vértigo. Algo comienza, parece. Después resulta ser más de lo mismo. No. Es algo a mantener, pelearé por eso, ¿o tiene que salir naturalmente?

Agujas son los recuerdos, los pensamientos que pinchan y distraen del objetivo. Me saboteo porque el vértigo me da miedo. Ser médium me asusta mucho, pero hay que asumirse. Es así. No hay otra. No puedo cambiar. A veces hay que exhibirse como escritor, como el marica exhibe su homosexualidad. La escritura es aún más genética, germinal diría, más afín a la homosexualidad que el ser hijo de desaparecidos. La metáfora del *coming out* es buena para el escritor, mejor que para el hijo. Ah, me gusta Lola con su miedo a la palabra escritor. Quizás no somos escritor. Somos escribir. Se parece a ejercitar, a gritar. Podría ser nuestro nuevo nombre. Lo bueno de los nuevos nombres es que no se han fijado, solo nosotras la conoceríamos, esta nomenclatura. Escribir. En nuestro argot escritor es un insulto. Escribir, un honor. Un honor para ganar.

¿Leer esto en la tertulia? ¿Cómo leer en la tertulia? Yo empearía por pasar algo en limpio. Pero buscar para la tertulia es algo para hacer después. Tengo muchos asuntos de agenda. Atrás tentación de ir a la agenda, a los mails. La tertulia es agenda. Ahora escribir y no pensar en la agenda. Veinte minutos más. Diecinueve minutos más.

[...]

Que la tertulia nos ayude a ser escritaras, o escritares. Solo por el hecho de hacernos creer que lo somos, que somos especiales con nuestra tertulia. En confianza y en fuerza. Creo que con Lola y Mirta eso es posible. A ver cómo crece. Con otra gente a mí me daría miedito hablar de mi proyecto, por ejemplo.

[MIRTA]

Volver al mundo. Oh, las poetas, Pamela, Daria, ser amable con el museo que me ha tratado tan bien siempre, ver si Vicente escribe otro wasap sobre una ensalada de cuscús que está mala o una cantimplora que gotea... (la cantimplora la compré, la

ensalada la preparé, mi hijito solo en el Egeo, solo con su ejército escolar, mi odiseojito).

El mundo llama y el cuaderno es más callado, más bien me dice que puedo volver más tarde, que no hay apuro. Dice mañana, un día de menos sol, dentro de un año... Es permisivo. Se deja escribir, pero se deja ignorar con la misma facilidad. El mundo es polvo en el living, compras en el pasillo, el juicio oral que llega con treinta años de atraso, dicen que va a llegar, por injusticias que se cometieron hace cuarenta y dos o cuarenta y un años atrás, depende del mes para empezar a contar y no quiero contar en el sentido de colocar los datos de las fechas, estoy furiosa por contar de verdad, por ese contar que también es cantar. Escribir.

Intimidad. Escritura. Algo interior – exterior. Y el mundo. Vida.

Hay poetas solitarios y huraños. Se encierran en el altillo. Una mujer va a traerles comida, a pasar sus apuntes en limpio. Ella habla con los editores, envía a concursos. Pelea por la vida y obra de ese hombre porque ve valor en él. Le da amor en todas sus formas como madre, hermana, amante, hija.

Hay poetas que no pueden encerrarse porque saben que la poesía es del ruido, del vino y de la gente, que tienen que lavar y colgar la ropa. Que se entretienen mirando telenovelas por la tele. Toman mate y miran los árboles.

Van de paseo y les compran zapatos a sus hijos que no quieren zapatos porque comprarlos los estresa. Piensan que está mal ser poeta. Que tendrían que hacer algo “útil”. Y se dedican a buscar una profesión “digna”. Y así han hecho varias cosas curiosas: vender baños, limpiarlos, ser profesores de idiomas en su país o en uno muy raro, intentar el periodismo y fracasar, guiones de cine que no dicen nada, eso les dicen, y no llegan a filmarse porque nadie defiende los guiones de los poetas porque los

poetas no son directores ni productores de cine, esto es algo demasiado obvio.

Hay poetas que, si bien tienen un miedo, les gusta mostrar su poesía o lo que escriben y lo leen en voz alta. Y les cuesta reconocerse poetas, pero cuando lo dicen es como cuando eran pequeños y jugaban a la aventura, a formar parte de la resistencia en la Segunda Guerra Mundial, la niña pirata que se enamora del niño vigía del barco que roba.

Es la aventura de ser. El juego de la infancia es una máscara. Y también en la adultez. La alegría debería ser siempre la misma. No, de eso no quiero escribir.

Son esos poetas de ritmos inseguros, interrumpidos, que no pueden poner “escritor” en sus tarjetas, que no tienen tarjetas. Mierda. Que quieren y no quieren. Que buscan el equilibrio entre la transa, la profesión, el talento, la suerte, un grupo de apoyo y pertenencia. Aprender a decir que no al mundo: los niños, las amigas, la familia, los patos, perros, frío ancestral, los padres, las madres, las casas sucias, las tortas de manzana que mejor no empezar a hacer, porque pelar una manzana lleva tanto tiempo como sentarse a escribir, un ratito de diez minutos para pelar una manzana puede ser una experiencia poética y de vez en cuando comerse una torta de manzana también, aunque se sabe que es muy malo para la salud escribir comiendo tortas de manzana. Y hay que durar algo, al final todos morimos, pero ahora yo no quiero, todavía no realicé ese equilibrio de escribir con alegría, dignidad y en medio de la vida que me tocó. Yo sé que dios me la hizo fácil (para que escriba).

[PAMELA]

Muchas veces los diarios se convierten en vuelcos de neurosis rutinaria. Vomitadas. Así es mi diario, mi cuaderno. No siempre. A veces.

ESCENAS

Lola le cuenta a Mirta por qué dejó de escribir.

Supo que el no escribir se había roto. Era como estar náufraga en una isla y ahora venía una balsa con alguien, alguien que quiere navegar. Y se fue con ese alguien. Con Mirta y Pamela.

Sintió que no solo estaba autorizada a escribir. Era su responsabilidad. Vana, sí, pero debía hacerse cargo.

“Lo que quiero es una máscara, tapar con un trabajo a la escritora”, pensaba Mirta.

PAMELA SE PONE NERVIOSA PORQUE SON TRES Y NO DOS

Al principio, prefiere estar sola con Lola, luego se hace más amiga de Mirta.

LA VOLUNTARIA

La señora del vestido verde. Mirta no recuerda su nombre. “Nuestra institución está para los habitantes de Salzburgo, todos, sean ciudadanos o no”.

Ser ciudadano es tener papeles.

Mirta, con su vida de lujo y champán (bueno, *sekt* y solo los fines de semana) decidió hacer una obra de bien. Curiosamente fue un proyecto que sería solo para el invierno y se fue quedando. Da clases de alemán a los sin techo de origen extranjero, en fin, inmigrantes ilegales. Y no son clases de alemán, es alfabetización.

Elsa da las clases de alemán. Elsa, con sus trenzas rubias. Todos la quieren, es cariñosa, simpática. Mirta está siempre intimidada. Leyó tantas cosas sobre los inmigrantes. Ella también es migrante pero simplemente vino en avión. La mayoría había llegado en balsas a Italia o Grecia y caminado hasta Austria. Y antes habían andado en sus países, desiertos, montañas, estepas, guerras, camiones asfixiantes. Los débiles habían muerto en el camino. Los que estaban frente a ella eran de una raza superior. Los que nunca mueren. La mayoría hombres, pero también mujeres. Mirta tenía más afinidad con ellas, aunque faltasen mucho a las

clases porque encontraban trabajo como domésticas. Olvidaba sus nombres. Y había un grupo de wasap, pero nadie ponía su foto o su nombre. Uno de ellos se llamaba It's M€ en el grupo. ¿Quién era? Ni idea.

Una fiesta de despedida. Mama Banzu se iba a mudar a Innsbruck. Mama Banzu era la fundadora, o una de las fundadoras de la casa. Había venido de niña, con su madre y su hermana, de un país africano. Mirta no podía recordar cuál. ¿Por qué? Mucha información o demasiado ocupada consigo misma. ¿Por qué no tengo *ubuntu*?

Tal vez porque parte de mi *ubuntu* está en Argentina. Mi madre me dijo que a mí la crisis no me importa, que para mí mejor porque con el cambio es más barato, pero claro que me importa, no soy turista. Y no dijo nada. No quería pelearse.

“Todo lo bueno se va a Innsbruck”, pensó Mirta. O a Viena. O a Múnich.

Y se sintió perdida en esa fiesta de despedida. En Innsbruck Mama Banzu continuaría con su labor de inspirar, ayudar y asesorar legalmente a los que no tienen derechos en Europa. Pero que, paradójicamente, merecen estar aquí porque son los que han sobrevivido. Están dispuestos a todo por quedarse. “Bah, me pongo declamatoria”, pensó Mirta.

Había mucha gente en la fiesta. Unos hombres pelados, de traje, ¿quiénes eran? Africanos. Los que tenían papeles con ropa más nueva que los que no. Había una rubia despampanante, muy curvy, de tacos y mini, resultó ser la novia de Mama Banzu.

Había nepalíes que le preguntaron si conocía a alguien para dar clases de alemán en Innsbruck. Los ilegales ayudaban en la cocina. La cocinera solía preparar las ollas comunitarias para la Casa. Siempre muy rico. Siempre arroz con pollo y verduras. Y hacía las verduras aparte para los vegetarianos. Y había pescado. Mirta pensó que solo las cabezas, que las pescaderías les

regalaban los restos, pero al final era que los comensales que eligieron primero se llevaron los mejores trozos.

Me cuesta acercarme y creo que a ellos les cuesta acercarse a mí. Mirta mira a los “visitantes”, como le dicen a la gente que viene a pedir asistencia a la Casa. Tampoco van a hablar con las voluntarias austríacas, enfermeras y asistentas sociales. Y ellas tienen más experiencia en el trato. Ya entiendo, no nos quieren molestar.

Igual me gusta que me miren, que me saluden. Todavía no recuerdo todas las caras y los nombres. Pero cada vez que me sonríen...

Parece que otra vez estoy actuando. El problema es que no sé bien mi papel y eso me angustia. Digo que voy a escribir la historia de ellos, pero los uso para definirme a mí misma, para saber que soy una escritora y que por eso odio las fiestas y que a veces me cuesta salir de mí, que soy tímida, que quiero ser educada, sociable, y nadie me explicó bien cómo.

Mirta se limpia con una servilleta después de haber comido una pata de pollo con la mano.

PAMELA TRADUCTORA

Estuvo largo rato preguntándose por qué. Si en el fondo no había sido a propósito. Simplemente se había distraído. Estaba sobrecargada de trabajo y por eso había hecho todo rápido y había pasado por alto cuatro palabras, no las había traducido. De una recuerda haber pensado si quedaba bien o no, la había tenido en su mente, pero no la había escrito. Había pensado dos o tres opciones que no había volcado al papel. Las otras dos las había omitido, una podría pensarse que era obvia, aunque el resto de los traductores sí la había respetado. La otra palabra era parecida a una en la misma frase y tal vez por eso se había mareado. Claro que la frase quedaba un poco rara con la omisión. La cuarta palabra recuerda haberla leído, pero se distrajo, una pena porque en ese fragmento la traducción le parecía bastante aceptable.

Pamela no se reconocía a sí misma.

Sabía que no era una excelente traductora, pero su dificultad solía ser falta de fluidez, y hasta algún error gramatical, del alemán colándose en el español. Era buena interpretando, solía ser demasiado literal, por eso era raro que se olvidara de traducir palabras. Eran todas adjetivos y un adverbio de lugar.

“Podría no ir al curso”, pensó. Era en Viena, un viaje largo, levantarse temprano.

Pamela sabía que iría de todas formas. ¿Y cómo tomarse los errores con humor y pensar que aprendería de ellos? Errores de principiante, pero ya no lo era. Los compañeros y la coordinadora del taller se burlarían de ella. ¿Tenía miedo? ¿Era la decepción de sí misma o la decepción con los otros, con esa fina partícula que los hace enemigos cuando podrían ser comprensivos? Era evidente que estaba negativizando el futuro, no podía prever cómo reaccionarían ellos. Podría ser, además, que no se aceptara a sí misma. Había cometido demasiados errores. Probablemente tendría más cuidado la próxima vez. Listo. Tenía que seguir adelante.

En lugar de eso no podía dormir pensando en las omisiones una y otra vez.

Lo curioso era que no pararía de traducir. Después del verano ya tenía un proyecto. Quizás era cuestión de aceptarse, de reírse un poco y seguir. Esperar no cometer tantos errores en los trabajos pagos. Al final todo pasa. Pamela no puede detenerlo.

HABLANDO DE UN LIBRO DE JORGELINA KAZÁN, PUBLICADO HACE UN AÑO

—Esa novela hace lo contrario de lo que predica. Para empezar, se revela contra un género, digamos machista. Las protagonistas son mujeres y convierte al género en feminista. Pero ellas son fantásticas. La sociedad que ellas y otras y otros construyen es maravillosa. Son como las Amazonas de la Mujer Maravilla. Al final es una utopía machista porque nosotras no somos así.

Pamela tomó un sorbo de su té de cúrcuma y buscó aprobación en Mirta y Lola.

Lola dijo:

—Tal vez yo sí sea así.

Pero era obvio que era un chiste.

—También me molestaron las escenas de sexo. Mucho follar por el culo. Perdón pero yo no follo por el culo. No porque desaprobe, pero porque no fue algo que se cruzó en mi camino, por decirlo mal y pronto. En todo caso, lo que me molesta es que, como está escrito, parece que por el culo es lo mejor y lo otro es sexo de segunda. Por el culo es ley, es el “ideal”, lo otro es algo menor.

—Necesito un café, ¿alguien quiere?

Mirta y Pamela niegan con la cabeza, Lola se hace un café.

—Sí, puede ser que lo estipule como un nuevo orden de cosas. Y es verdad que es muy difícil lo del sexo, el sexo es tabú.

—Para mí no. Para mí el miedo es tabú —Pamela habló bajito, las otras no la registran.

—Yo nunca escribo escenas de sexo —Lola sigue con lo que estaba diciendo.

Mirta la mira a Lola, sorprendida por lo que acaba de decir.

—Solo Marosa di Giorgio escribe realmente lo erótico como algo nuevo, que te saca —declara Lola, café en mano.

—Sí —replica Pamela —y eso también me molestó, es una especie de Di Giorgio escrito para vender.

“Qué raro, dijo Di Giorgio, ¿no le dicen Marosa por lo general?”, se preguntó Mirta.

—¿En qué estás pensando? —Lola se vuelve hacia Mirta y la mira a los ojos.

—En que no leí la novela.

—Te la presto —Pamela le da el libro, publicado por una prestigiosa casa editorial.

—Linda tapa —comenta Mirta.

—Te lo regalo.

—¿Te parece?

—El libro me divirtió —continúa Lola.

—Sí, pero eso no es suficiente para mí. Para divertirme veo Netflix.

—Yo ni eso. Es para estar con mi familia. Me cuesta engancharme con series.

—¿Vamos a escribir? —pregunta Lola.

—¿Una escena de sexo? —propone Pamela. —¿Lo más ridícula posible? —agrega.

—Yo nunca escribo escenas de sexo. Por principio —dice Lola con una seriedad algo exagerada.

—Vamos, probemos —Mirta abre su cuaderno y después de mirar un segundo al techo se pone a escribir.

¿Qué es para mí erótico en la escritura? Es raro que ya no pueda pensar en eso ahora. Porque sí podía de adolescente, el sexo me parecía algo muy importante. Recuerdo haber leído *Memorias de una joven formal* y que me llamara la atención que no había ninguna sugerencia respecto a la vida sexual de Sartre y De Beauvoir, le pregunté a mi madre y me dijo “el sexo no sería tan importante entre ellos”. Es curioso que no me haya dado una explicación del estilo “querrá ser discreta”. Después resultó que el sexo con Sartre no era gran cosa, que tenían una relación abierta y que ella gozó más con Algren y luego con Lanzmann. Y Sartre tuvo también muchas mujeres paralelas, eran más bien compañeros de vida, mejor dicho, compañeros en algunas cosas, no tanto en el sexo.

Mis personajes siempre querían tener sexo. Solían ser muy promiscuos. Generalmente eran muchachas jóvenes, muy ávidas. Por lo general heterosexuales. Siempre buscaba combinaciones que yo misma no haría: una chica de catorce años tenía dos amantes de doce y quedaba embarazada sin saber de cuál; una chica de quince se enamoraba del novio de su madre cuarentona (el novio tenía algo menos que la madre, treinta y siete); una muchacha de dieciocho años se escapaba, siendo virgen, de su casa, persiguiendo a un coleccionista de libros del que se enamoraba perdidamente. Esta historia era más larga, en todo caso el coleccionista no era un hombre fácil (curioso que no cayera en la tentación de acostarse con la muchacha, un tío de unos treinta años, había toda una explicación psicológica en la que él está bloqueado porque su novia murió y no quiere acostarse con la chica porque sabe que se va a enamorar, etc.). Claro, esto le da la posibilidad a ella de tener varias aventuras antes de, por fin, echarse un polvo con él. Digamos que lo alcanza en

cantidad de coitos y otras hierbas y que una vez que se reúnen es de igual a igual.

Tal vez ya no escribo sobre sexo por eso, tuve una escritura muy sexualizada en mi pubertad. Es ese momento más o menos solitario, con mucho tiempo libre, cuando masturbación y escritura son casi lo mismo, literalmente, se podría decir que son dos cosas que tienen que ver, en el sentido corporal al menos, es juego de manos, de imaginación. Después vinieron las relaciones sexuales más o menos propiamente dichas. Y cierta separación entre los dos mundos, otros intereses... Ahora soy consciente de cómo se cultiva, el sexo, la escritura, son cosas que hay que buscar, o que yo creía que había que buscar, y ahora el sexo me encontró a mí... Por la circunstancia de esta tertulia debo volver a conectar erotismo y escritura.

La vida sexual de Jorgelina Kazán. El sexo no aburre nunca. Las infinitas posibilidades que se despliegan gracias a la fama. Jorgelina se cuida. Su dieta: sexo en la mañana, todos los días. Sexo a la noche, de vez en cuando. Una siesta de dormir todos los días, siesta de sexo de vez en cuando.

¿Cómo es la vida sexual de la diva de la literatura en lengua castellana? Muy variada. Tanto como su alimentación. Es omnívora. Come carnes y pescados y, sobre todo, verdura fresca y biológica. Igual que sus amantes. Rara vez alguien mayor que ella, generalmente son sus *groupies* más jóvenes, los prefiere inteligentes y guapos, pueden ser chicas, chicos, gente que no sabe, que no se define. Cierto que Jorgelina es algo cliché, casi porno. Le gustan las chicas con teta y culo, los chicos con pollas grandes y bíceps. Rara vez se acuesta con andróginos chatitos. Como su lema es variedad, suele hacer excepciones. Lo importante es que sean vanidosos, le gustan mucho los modelos. Pero tienen que ser inteligentes. Romario Rodríguez, Rorro para los amigos, tuvo que cursar cuatro años de la licenciatura en Filosofía mientras

le rogaba a Jorgelina que follaran. Ella recién lo aceptó cuando, el joven que con sus poses en pasarela y revistas desvela a tantas chiquillas, por fin aprobó Fenomenología, Teoría Crítica y Hermenéutica, que era la materia filtro de la carrera...

—Erótico no es —interrumpe Mirta.

—Espera, ya viene —se disculpa Lola.

En cuanto se enteró que había aprobado el examen le mandó un wasap y ella le contestó “vení”.

La tremenda erección que lo afectaba desde el mensaje de Jorgelina era algo difícil de disimular. Por suerte no había tanta gente en la calle y pudo caminar de su coche al edificio de Jorgelina sin que le vieran el bulto. En el ascensor se contuvo de liberar su dilatado miembro. Pensar en Jorgelina abriéndose de piernas para él lo hacía casi acabar. La idea de poder liberarse abriéndose el cierre del pantalón, la presión de la tela, todo lo excitaba. Ni siquiera distraerse pensando en el estudio le ablandaba la polla porque ya relacionaba sus libros y exámenes al fabuloso polvo que se echaría con Jorgelina. No sabía que no sería el único en el piso de Kazán.

La escena descripta a continuación vendrá a cuento más adelante.

—Hay muchos modelos, ¿no sería más erótico con, no sé, deportistas? —pregunta Mirta, cuando Lola terminó de leer.

—¿Como qué? ¿Futbolistas?

—Sí, o tenistas, nadadores, basquetbolistas... —sugiere Pamela.

—O roqueros, un grupo de rock —propone Mirta, con seriedad.

—Sí, faltan los obreros de la construcción, podría escribir una serie: Jorgelina en los andamios, Jorgelina en los vestuarios... A mí me gustaba que fueran modelos, que sea gente vanidosa. Bueno sí, los futbolistas son vanidosos también...

—Y eso de que hayan estudiado, son todos universitarios...
—Pamela piensa sus objeciones.

—No sé, me parece gracioso, Jorgelina puede discriminar, les pide a los modelos que estudien, está bien, ¿no? —Lola las mira un momento, algo preocupada y les pregunta —Tremendo cliché, ¿no?

Las otras no saben qué decir. A ninguna de las dos les ha parecido fácil escribir una escena de sexo en media hora y Lola, mal que bien, lo ha conseguido.

—Bueno, tiene una vuelta de tuerca, eso que el miembro del chico es más bien decorativo, para que Jorgelina lo mire, pero el pobre no puede penetrarla a ella.

—Sí, primero pensé en evitar penetraciones anales, para no molestar a Pamela, y después pensé que vaginales tampoco era estrictamente necesario. Igual quedó una escena fea, yo nunca la publicaría.

—Para mí es mejor que la de Jorgelina Kazán —reacciona Pamela.

—Es porque me burlo de ella, solo por eso.

Mirta lee el poema que escribió.

—“No hay orgía popular”. Me suena feo.

—A mí me gusta lo de “agarrar el aquí / fornicar el presente”.

—No es erótico. Bueno, no sé, ¿lo puedes leer otra vez?

Mirta duda, pero igual lo lee.

Pamela y Lola coinciden. No es erótico. Pero sí habla de sexo, del sexo de una pareja.

Ahora le toca leer a Pamela. Ella las convence de que les enviará su texto más adelante, por mail, que todavía no quiere leerlo, que va a seguir trabajando y que muy pronto lo manda, aunque en el fondo espera que las otras se olviden de la promesa.

ATARDECÍA EN MADRID

Lola se preguntó qué sentía respecto a, o mejor dicho qué pensaba de Gaby. Una mujer perdida en una teoría filosófica ridícula, más bien podría decirse una secta. Todos los defectos de los “escritores” en el peor sentido de la palabra estaban allí y el peor de ellos era patente en Gaby: tomar tu propia escritura (o tu propia filosofía, en su caso) demasiado en serio.

En los ojos marrones y vivaces, en su postura descuidada, la ropa pasada de moda, pero aun así de aspecto nuevo, la cara redonda, infantil e inocente como su visión de las teorías de Arnaldo André, en todo esto, Lola leyó algo que superaba lo antiético, el tufillo acartonado de lo sublime del que todos debemos huir. Gaby parecía darse cuenta de que todo era una farsa, que era ridículo hacer cofradía con cuatro o cinco universitarios hombres blancos de traje, lo único “oscuro” era como se auto-denominaban, pizza, birra y Paraguay, por el resto nadie tenía nada que ver con Latinoamérica, incluso, charlando, Lola advirtió que probablemente solo estaban Gaby y Arnaldo en todo esto.

Arnaldo, cegado por la soberbia al ser aceptado en algunos medios se creía más popular de lo que realmente era, mientras

que su única y legítima discípula era Gaby. Algo en la ingenuidad de la filósofa le dio a entender que Gaby estaba en este juego porque necesitaba bailar y porque esta filosofía de culto le permitía cierta libertad. No tenía intenciones de luchar más allá, ni de sobresalir. “Es algo que no puedo evitar. Mi simpatía por la teoría de la pizza, en algún lugar de mi ser sé que es una vanidad, algo para complacerme, pero finjo que lo creo, que creo en eso, y si lo finjo empiezo a creer, es más que una filosofía para mí, obvio, es así como puedo soportar la vida, el telón de fondo con el que me puedo mover a gusto”.

Y curiosamente, esta muestra de tambaleo, de debilidad, maravilló a Lola. “Sabe que no tiene sentido y, sin embargo, entra en esa ficción del sentido, es una extraña manera de ser fuerte, algo que puedo admirar”, pensó.

Atardecía en Madrid. Así se conocieron Lola Índigo y Gaby Gutiérrez.

A Mirta, que no conocía a Gaby personalmente, le gustaba pensar que ese encuentro era un encuentro de gigantes, como el escolar ya gastado por los años apretón de manos de Bolívar y San Martín (aunque suponía que esto era relativo, que para los bolivarianos San Martín era menos importante que para los sudacas al sur Bolívar). Lola les habló de Gaby más tarde y Mirta creía que, después de muertas, Gaby y Lola serían recordadas.

No, no lo creía, le parecía probable, son cosas que nunca se pueden saber. Tampoco sirve de mucho esa inmortalidad perenne. ¿Ser recordado un poco más que el resto, menos que Cervantes? Igual le gustaba fantasear que ella misma era un personaje oculto, anónimo, en una historia de la literatura con una fecha de vencimiento en unos, digamos, setenta años. Modesta trascendencia.

El problema es que son cosas que no se pueden saber porque al final estamos todos muertos. Total, es Pamela, soy yo, Daria es

olvidada o recordada. O ninguna de nosotras, ninguna. Mientras tanto las circunstancias nos juntaron y así es como quiero vivir y escribir.

ATARDECÍA EN MADRID II

Como su visita a Madrid coincidía con un congreso sobre filosofía del medio ambiente y eso tenía mucho que ver con la narración que había empezado a elaborar, Lola se inscribió. Le sorprendió que participar fuera tan sencillo. Claro, no le pagaban la estadía. Solo tenía que mandar una hoja de vida, llenar un formulario y, a los pocos días, le enviaron una confirmación por correo electrónico.

El primer día le entregaron su credencial, un programa y una botellita de diseño para poner agua del grifo, con el logo de uno de los espónsores.

No le molestaba andar sola, si hubiese sido más joven le habría inquietado no conocer a nadie, pero ahora le daba igual. Escuchó una ponencia sobre las manifestaciones de alumnos de escuelas secundarias para que la administración europea aplique de una vez las medidas de protección ambiental. Luego se tomó un café y se sentó para presenciar la siguiente. Era sobre proyectos artísticos de diversos continentes que hablaban de la injusticia en la distribución del agua potable. El expositor era el curador de la muestra; lo raro era que se rascaba la polla cada dos por tres.

Lola no lo podía entender. Pensaba si ella era la única que lo veía. Y que no iba a poder concentrarse en lo que el tío decía si seguía con ese tic. Retuvo imágenes proyectadas de fuentes de arena en diversos puntos del planeta, lugares opuestos geográficamente. ¿Opuestos? ¿Qué lugares? Y volvió a preguntarse si el resto de la audiencia tenía la misma inquietud que ella, si a alguien más le llamaba la atención que se rascara ante tanto público.

Todos parecían concentrados. Tal vez estaban en el mismo trance, tratar de no mirar la entrepierna del caballero, prestar mucha atención a lo que decía para no preguntarse por qué, de vez en cuando, el profesor se tocaba.

Al lado suyo, un chico muy joven, tomaba nota en su ordenador. Registraba todo, era increíble, no resumía, era una transcripción que, sin ser taquigráfica, era efectuada con esa velocidad. Del otro lado, el derecho, vio a Gaby por primera vez. Era en Madrid, pero no atardecía. Y no fue un encuentro de gigantes. Era una mujer, Lola, que se preguntaba si a esa otra mujer, Gaby, le llamaría la atención aquello que a ella misma ya empezaba a irritarle porque le parecía demasiado surrealista. La miró a los ojos, se sonrieron y fue en ese instante que Lola pensó “le pregunto o no le pregunto”. Pero no pudo hacerlo.

—Es un poco aburrido, ¿no? —susurró Gaby.

¿Era esa su forma de decirle que ella también lo estaba viendo?

PIZZA Y TRADUCCIÓN. LA TRAICIÓN DE ARNALDO ANDRÉ

Ahora, después de su traición, me curé de espanto, pero hubo un tiempo que yo admiraba tanto a Arnaldo André que le pedí un artículo para una revista (de la editorial de morondanga que había publicado mi libro, o sea de morondanga también, pero para que no suene mal le decimos “alternativa”, o incluso mejor “independiente”). Le escribí un mail tan pomposo que daba asco, diciendo que cualquier cosa que usted escriba yo se la traduzco, bla bla y que para nosotros sería un honor, lo que usted nos pueda ceder, bla bla. Bueno, se lo tomó literalmente porque nos mandó una bosta, que según él se había publicado en una revista literaria de los Países Bajos.

Con el editor nos miramos. En realidad, para él no era una bosta, era “interesante”. A mí no me gustaba porque era el artículo del plagio (todavía lo es, uso el pretérito para alejar el pecado que solo cometen hombres como Arnaldo, ya rodeados de fama y de vino, y en su caso esto es muy literal, me lo imagino en los viñedos, chocando damajuana con su mujer). No solo de la que suscribe, que es una doña nadie, morondanguera de por ahí, sino

también de dos, uno viejo y uno joven, académicos de verdad. Y lo loco es que el artículo del viejo es archiconocido.

Además, la parte que no era afano (o sea, donde ponía las fuentes: las cartas de Rigoberto, la biografía autorizada llena de impresiones y muy divertida, las obras completas de Rigoberto, el diario de Rigoberto que editó Arnaldo, como buen aprendiz) era una cronología. Pretendía demostrar por cantidad de tiempo que Rigoberto había ido a pizzerías, contabilizando las horas, bueno, otra vez lo usaba para el tema de la pizza, yo de eso ya me había dado cuenta, que va bien con Arnaldo, pero lo del vino y la *muzza*, eso me lo afanó a mí. No sé, a mí me aburre un artículo que, basándose en el diario, cartas y biografía, calcula las horas de pizzería para probar que Rigoberto era de los nuestros (pizza y filosofía, ¡qué grande!). Capaz iba a las pizzerías y pedía té con limón. Qué sé yo.

El editor escuchó mis sollozos, mi decepción y dijo:

—Si esto ya lo publicó, nosotros no somos quién para decirle que no lo publique.

Y así fue que yo contesté:

—Entonces lo traduzco, promesa es promesa, palabra de honor.

Y me puse manos a la obra. Traducir esa bazofia me liberó de Arnaldo.

No puedo odiarlo porque tenemos muchos buenos momentos, él me ayudó cuando empecé con la pizza. Pero ya me curé de él.

Me da pena firmar la traducción. Además, su artículo es tan largo que abarca media revista, el egocéntrico narcisista.

Pensé que iba a traducir una obra maestra, que sería un placer. Pude hacer mi práctica, mis kilómetros. Eso sí. Nada más.

Aprendí. Cuidado con Arnaldo André y con los tipos como él. No ofrezcas traducciones como si fueran fainá.

LA VUELTA DE ARNALDO ANDRÉ

Está bien. Siempre hablo de mí. Lo supe después de nuestra conversación ¿O fue un monólogo? Es obvio que usted está bien. Destiló datos fundamentales de su vida: lugar de residencia... eso fue lo único. No me dijo nada más. Cuando tomó la palabra fue en función de mí: leyes institucionales que yo no conocía, me las explicó. Y hablamos extensamente de Arnaldo André. Es el filósofo que tomó el nombre del actor de telenovelas paraguayo. Él me ayudó, me indicó el camino a seguir. Pero: Arnaldo reduce todo a una pizza (lo que es cierto) y Arnaldo va y escribe un artículo sobre el vino y la cerveza como posibles complementos de la pizza. Puro plagio. Son formas, disfraces, acá estoy simplificando un poco para que todos me entiendan.

—Se lo voy a mostrar a José Marsella.

—Sí, usé artículos de él— y ahí me trabuqué.

Es que el artículo era de Marsella y nunca se lo agradecí. Había otro de una belga, que ya murió. Claro, ahí no hay excusa.

Arnaldo, Arnaldo. Habló mucho de él. Incluso de su migración a Italia. Y yo le dije: claro, me lo encontré en Bolonia, fue un ritual de inicio.

(José Marsella es el maestro de Arnaldo André). Ahora Arnaldo se dedica a hacer vinos. Un filósofo que ya no trabaja en la universidad (de Bolonia, según su caso) y hace vinos. De damajuana. Típico de Arnaldo. Bueno, la pizza con el vino tiene otro sentido ahora. No es plagio plagio.

¿Por qué no le pregunté nada de él? Ah, dijo que en julio no estaba. ¿Por qué no le pregunté a dónde se va? Me atormento con eso ahora. Me parece grosero. Él es bastante egocéntrico. Yo también, pero no respeté su egocentrismo. Si pudiera volver atrás le hubiese dicho: “¿Y usted?, ¿y usted?”. O es que ellos están en sus sillones, en sus despachos y nosotros tratamos de entretenerlos con aventuras boludas. Éramos usted y yo. Podemos ser usted y yo. Pasé el nosotros de bando. Yo quiero aprender a cambiar eso. Entrar a su oficina y que yo diga “cuénteme”. Capaz que me parece que lo que yo hago es más intrigante. Él ahí sentado, es lógico lo que está haciendo. Yo vengo con una publicación de morondanga (estoy orgullosa, pero él la ve así o tal vez piensa “qué interesante, morondanga pero interesante”).

Ahora no puedo volver atrás. Estoy volviendo atrás, en realidad paro para atormentarme del lugar que usted se merecía en nuestras palabras y que yo no le di.

¿O usted no se dio el lugar entre nosotros? Podría haberme dicho algo de sí. Podría no haberme preguntado tanto de mí. Es que todavía no lo conozco. Sé su edad, su trabajo, en la ceremonia por su jubilación vi a su familia. Sé más de usted que de Arnaldo André. Y nos hemos visto más veces. Tal vez, lo que se dice, mi verborragia centrada en mí, tenga que ver con el poder. Lo que puedo y no puedo saber de usted. Tal vez los dos somos muy estructurados. Ningún traje a la vista, lo tenemos adentro nuestro, patrones, moldes de pizza. Sin la masa están desnudos pero la mente evoca una napolitana y lo rellena (Arnaldo André, 1994).

GABY LE CUENTA A LOLA DE SU TRABAJO

Una de las cosas que más odio en la vida es dar clases en nombre de otros. Los institutos privados. Podría hacer un profesorado y dar clases en escuelas secundarias y, con un poco de suerte, terciarias, pero no me gusta estudiar algo que sirve para algo. Por eso estudié Filosofía.

En realidad, tampoco me gusta ser parte del sistema educativo formal. Tomar exámenes. Poner notas. Es un sistema carcelario en el que solo hay dos opciones: ser víctima o verdugo. Si después de haber sido víctima durante la educación primaria y secundaria obligatoria uno opta por ser verdugo hay algo que no encaja... O podrías tratar de ser como Robin Williams en *Dead Poets Society*. Esa es mi ilusión, si se da. Pero no voy a estudiar para eso. No.

Claro, nadie me toma como filósofa en una empresa. Yo pensaba que podría pasarme al área gubernamental, con un equipo de politólogos, y pensar las cuestiones sociales. Muchos dirán que trabajar para la administración pública es más corrupto que trabajar en una escuela. Y lo es. Pero no estás viendo a tus víctimas. Sí, es falso de mi parte. Pero de algo hay que vivir.

Conseguí dos trabajos. Uno en un instituto privado que da filosofía como materia extra a niños superdotados, prodigio, lo que no es tanto como suena, muchos hasta son medio tontuelos y lo peor es que se creen muy vivos porque van a este instituto. El otro, en un instituto para adultos que quieren cultivarse pero que no tienen ganas o capacidad para ir a la universidad. Estas clases son de noche. Ahí sí hay de todo.

Pero el problema nunca son los alumnos. No para mí. Mi problema son los jefes. Por algún motivo, siempre desconfían de mis cualidades didácticas. Bueno, el argumento es que no tengo el título de profesora. Entonces mis jefes siempre me están evaluando, vienen otros profesores en los que ellos confían más y me hacen “control de calidad”. A veces se aprende algo de esto. Lástima que la mayoría de las veces el *feedback* se dé de puro gusto, criticar porque para eso han venido.

Siempre que nadie me esté vigilando trato de inculcar el arnaldoandréismo en mis discípulos. Con los niños es sencillo: empiezo por traer una pizza y la filosofía genial del maestro se cuenta a sí misma. Los adultos están más pautados. Se comen la pizza y no ven la relación.

Descubro el sentido de dar clases. Si por lo menos tres de mis veintitantos alumnos pudieran ver el mundo desde una *muzza* con fainá o la disquisición entre el tinto y la birra... en fin, si me cambió la vida a mí... (¿Exagero? no, gracias a la pizza puedo pensar y percibir otras cosas, y la ingiero sin culpas, como una eucaristía. Sí, es difícil no ponerse mística con tanta masa y espíritu filosófico).

Yo ahora puedo cambiarle la vida a los demás, dar lo que he recibido. Alguno de mis alumnos lo entenderá. No mis inspectores, ellos ya están perdidos en la niebla de la rutina didáctica. Mis pequeños triunfos son esos dos niños, Lianne y Karel. Y la señora de las carteras amarillas. Era como si llevaran la teoría

de la pizza adentro suyo. Claro, la versión infantil es con coca o jugo de manzana. Ver que entendieron, incluso Lianne siempre me hace preguntas, quiere leer Los Libros... Ahora somos algo subterráneo, alternativo, algún día... ¿nos convertiremos en la absurda filosofía institucional que intentamos combatir? Espero que no. Por el momento puedo ser feliz con estos breves instantes de lucidez y de entendimiento con mis estudiantes.

CASITA

Una parte de mí busca la inmovilidad. Esa parte gana siempre, la pereza. Una parte como esos vecinos alemanes, que en la cabaña de al lado (en realidad no es cabaña, es *cottage*, “casita”), se pasan el día en internet, con jerséis de felpa, abrigaditos en polar con los auriculares puestos. No nos miran. Nos roban el internet. Es eso lo que estimula mi inactividad. Estoy asustada y tranquila en mi miedo. Es imposible no estar tranquila con el mar y con todo lo que está aquí, contribuyendo a la felicidad: la comida en el refrigerador, no llueve. Pienso que más tarde haremos una caminata por el pueblo, al lado del mar, solo separado por una calle angosta. Cuando la marea está alta, el mar casi toca la calle, si está baja, se ven rocas y pájaros que buscan mariscos. Hay un cuaderno con comentarios de visitantes anteriores. Muchos vieron ballenas y delfines. Nosotros no vimos nada de eso. Fritz dice que lo estresó leer esas cosas en el cuaderno, con todo lo que otros turistas vieron o hicieron en un lugar que desalienta la inaniación, no inacción, pero sí la ingestión. Ah, los scones. Siempre se acaban, mañana me como un scon a la mañana, en el primer lugar que vea, no espero hasta las 15 hs. En estos

puebluchos y en Aberdeen también, todo se acaba o se cierra a las 16 hs. Entonces toman la merienda a las 13!?

Respecto a los delfines y ballenas, Nino, mi hijo, no cree que la gente los haya visto. Cree que ellos están inventando, que un huésped, un día, imaginó una ballena de una roca, la imaginó tan bien que se la creyó. Y entonces escribió y cuando lo leyeron, otros turistas se contagiaron y vieron delfines y otros vieron ballenas y unos más afortunados vieron ballenas y delfines. Nos pusimos a mirar fijo el mar, esperando una aparición. Nos quedamos quietos mientras el mar se movía.

AVE ORIGINARIA

Pamela soñó con un pavo real al que hería. Al despertar lo asoció con Sri Lanka. Había pensado durante el viaje que, si había pavos reales en los parques nacionales y a veces en la ruta y también en las camisetas de los negocios de souvenirs y en los tapices que intentaban, sin éxito, encajarles los vendedores ambulantes, que esta ave debería ser oriunda de Sri Lanka... o habría venido importada... ¿De dónde son los pavos reales?

Mirta escribió este fragmento porque quería darle a Pamela un episodio de su propia vida. Estaba en la cocina donde había más luz, en el momento en que Jürg y Vicente, el mayor, discutían sobre cómo preparar la pizza y Lucas, el del medio, preguntaba si podía ir mañana al cine con los chicos del cole. Había cambiado el nombre de Pamela, pero quería que el sueño con los pavos le pasara a ella. Era evidente que su familia no estaba de acuerdo. El caos de la cocina se acumuló cuando Fabio, el más chico, pidió fruta y Jürg empezó a cortar fruta para todos. Si la familia no está disciplinada con trabajo y colegio no se puede estar tranquila en casa, no se puede escribir. Cuando Mirta escribió su novela de juventud, vivía con sus padres en Buenos Aires y

estaba haciendo el Ciclo Básico de Ciencias de la Comunicación. Sus padres estaban todo el día en el trabajo. Con su hermana no tenía mucha relación en ese momento, podían pasar un día entero sin hablarse. Solo la compañía incondicional de Vicky, que estaba en su mundo doméstico y con la que sí conversaban en la cocina, cada vez que Mirta interrumpía el estudio o la escritura para el mate.

Vicky traía chipá de la panadería de enfrente, la convidaba, compartían el mate también. Mirta recuerda apenas de qué hablaban, eso es raro, pero está segura de que era de cosas personales, a las dos les gustaba conversar y tal vez Mirta contaba más de la universidad y de sus amigos de lo que Vicky contaba de su curso nocturno de informática y contabilidad y de su familia en Chaco. Al final Vicky se fue, se casó y empezó a trabajar como secretaria, liberándose de ser empleada cama adentro. Mirta se sintió libre en Europa, pero sin el castellano se alejó de la prosa, incursionó en poesía y luego en la vida familiar. Y ahora volver a la prosa era matar a un pavo real, en un sueño.

Después del verano, Pamela regresó de Sri Lanka con una gastroenteritis y cuatro cosas que cambiaría del viaje (incluyendo los hoteles y la intensidad del tour).

Como lo había organizado ella, se sentía culpable que no todo hubiese salido de la forma que esperaba.

No sabía por qué se sentía tan miserable.

Le escribió un correo a Lola y a Mirta, con un poema. No contestaron. Mirta estaba en Buenos Aires. Lola estaba en Salzburgo, qué raro que no contestaba. Tal vez estaba planeando el próximo año lectivo, muchas reuniones, ¿sería por eso?

Se sintió perdida sin sus dos compañeras, sin tener noticias. No hacía falta que le contestaran por el poema, pero por lo menos un saludo. Recordó cuando era adolescente y autónoma, época en la que, si las amigas no devolvían sus llamados, se ponía

contenta porque tenía más tiempo para escribir. ¿En qué momento se hizo tan dependiente? ¿Por qué era importante saber de ellas? Quizás de adolescente sufría también, pero tenía otra energía que no podía detenerse, aunque estuviese sola. Ahora ya no tenía ese impulso. Nino era una gran compañía. Decidió dejar de escribir por el momento. Dedicarse a su hijo y dormir para curarse de la gastroenteritis. No había traducciones, había entregado la última hacía dos días, suponía que en septiembre se ocuparía nuevamente.

Se preguntó si para escribir hay que tener cierta creencia de formar parte de una comunidad para la que uno escribe. Tal vez era su caso, no de todos. Sabía que pararía de escribir, que era fácil boicotarse ahora, pero también que inevitablemente volvería a hacerlo, sin darse cuenta. Generalmente reflexiones que se le ocurrían. De eso no dudaba. Lo que no sabía era si pasaría el estadio del cuaderno de notas. Si encontraría forma de ser publicada y leída. Si tendría la fuerza de pelearlo. Había pensado que Lola y Mirta le daban esa fuerza. Pero no. Algunos escritores tienen esa suerte, gente alrededor que los ayuda. Otros no. Hoy no. Por un momento sí, saber que las vería, que ellas la iban a leer, le dio ganas de escribir. Ahora eso no pasaba. Mientras encontraba la fuerza para seguir con ese dato, hacía otras cosas. O ellas reaparecen o yo sigo escribiendo sola, o no escribo más o escribo poco... Estoy confundida y muy insegura. Así se quedó dormida otra vez, hasta que la despertó Nino, que quería desayunar.

DOS VECES YVONNE

I

Mirta solía ir a Múnich a pesar de ser un viaje largo y caro. Visitaba casi siempre la Biblioteca Estatal de Baviera y veía cine. De vez en cuando se encontraba con dos compañeros de Historia del Arte: Milos y Rika. Por ellos agregó Múnich a una rutina de hasta cuatro veces por año. No siempre coincidían. Igual iba. ¿Qué tenía Múnich que no tenía Salzburgo? Era una verdadera ciudad en un país verdadero, en el sentido que tenía dimensiones respetables y conflictos más significativos. Austria era un país isla, lo único bueno eran sus artistas, Mozart, Haneke, Freud (porque Mirta valoraba la psicología inventada por Freud más desde la creatividad que desde la ciencia –valoro lo que sé– se decía) y podría seguir una extensa lista. Estos artistas percibían la orilla, el este, el oeste, norte y sur, a causa del lugar-isla. No se alimentan de Austria, Austria no podría jamás autoabastecerse. A pesar de las montañas que aíslan más, el lugar en el mundo de Austria lo da todo lo que la rodea e invade. Múnich podía parecer una ciudad torpe, su repostería, por ejemplo, brutos trozos de

kuchen no se podían comparar con un *strudel* o un *Sacher-Torte*. Ja, pensamientos turísticos. Mirta se puso los anteojos negros, se cruzó la cartera y caminó por Múnich, ya casi de memoria, pero sin la seguridad de un residente.

Tocó el timbre de la casa de Yvone Bellanger. Una anciana amable, de rodete, aspecto saludable, hasta deportivo, pelo gris, vestido floreado, le abrió la puerta.

Charlaron de arte, las dos paradas en el umbral.

—Aquí le dejo los libros.

Yvonne le prometió que los leería.

Fue un bonito encuentro, pero algo en Mirta se negaba a creer que la prestigiosa Frau Bellanger vería algo en su poesía. Pamela sí, se había ilusionado. “Será que me estoy poniendo vieja, será que me desencanto”.

Almorzó una *weißwurst* y se metió en un cine pequeño que daba películas sin doblar, para ver *Nico 1988*.

II

“Es curioso”, pensó. No tenía ningún tipo de resentimiento con Yvonne. Más bien algo parecido a la lástima. Mirta sabía que Yvonne se equivocaba. No porque el libro de ella o el de Pamela fueran muy buenos o algo. La apreciación de Yvonne (o de quien fuera) de los libros no era importante en lo más mínimo. El punto era qué hace uno en el universo. Si lees un libro de poemas de otros, cualquier cosa de otros, cómo lo valorás, cómo lo comunicás.

Mirta tenía una dimensión cósmica de la literatura. No es mi ambición ser la policía de la lengua ni de las letras. Claro, para Yvonne era diferente, le debían dar demasiado para leer... estaba en su derecho no aceptar entonces, tendría que haberse negado a leer los libros.

Pero parecía que los había leído por el gusto de ejercer ese poder, algo efímero, porque si bien era una mujer lúcida y fuerte, ya tenía ochenta años.

Decía que estaba ocupadísima... ¿Sería cierto? Mi madre todavía trabaja, pero se pregunta cada mañana antes de salir al laboratorio: ¿cuánto tiempo más de lucidez me queda?

Espero, si alguna vez estoy en esa situación de poder, no ser así. Opinar sobre algo en forma constructiva, sin humillar ni rebajar el trabajo de los demás. Si los que quieren escribir siguen escribiendo y si digo algo que los estimule e incluso que los ayude a mejorar, ¿hay algo más bonito que eso?

Tal vez yo no me convierta jamás en una “escritora”, de esas que se respetan (no digo Jorgelina Kazán, no sé, alguien que a veces publica y a veces cobra algo de lo que escribe) pero si mi aporte es que Lola escriba y que Pamela escriba... necesitamos poetas, narradores, gente que reflexione y que interprete el mundo usando papel y bolígrafo o un ordenador y palabras, letras... Nunca tendremos suficientes. Es necesario.

Mirta se conmovió de sus propios pensamientos porque sabía que ella a veces pensaba como sus padres, que las verdaderas profesiones (sobre todo para mujeres que tienen que probarse en el feminismo) eran médico o ingeniero. En segundo lugar, todo lo que se construye con el cuerpo: albañil, carpintero, jardinero. De lo corporal, a Mirta lo único que le gustaba era cocinar. Su especialidad era la pizza... Bueno, eso le había dicho Lola a Gaby, en una de sus charlas. Escribir, leer, libros, es un micromundo que forma parte del mundo y no se cuida desde el denuesto, desde el poder de destruir cuando me piden opinión.

Y así, Mirta solo vio a la Yvonne de ochenta años que la invitó a pasar, pero Mirta no podía porque había quedado para ir a una galería con Milos y Rika y el café lo quería tomar con ellos, sus amigos, amantes del arte. Milos y sus cigarrillos, Rika dudando si

pedir café descafeinado. Disfrutaban yendo a galerías y museos y casi no hablaban de eso. Las cosas de todos los días también los apasionaban.

MAIL

Hola Mirta, Pamela! qué tal? Mucho tiempo ha pasado desde el día que me entregaron sus libros de poesía, y no sé qué pasó, pero entre pitos y flautas se me fue el tiempo, pasó el verano más o menos tropical y de pronto me di cuenta que no les había escrito nada todavía, qué vergüenza!

Así que hoy me siento a tipear unas reflexiones acerca de su poesía.

El librito de Pamela se lee ameno, como pequeños pensamientos, o títulos de cuadros o fotos. La forma es agradable, el contenido es familiar y, a mi modo de ver, pero tal vez me equivoco, no son tan complicados para entender.

Los poemas de Mirta son un poco más complicados y largos. De todas maneras se ve que las dos poetas tienen la tendencia de contar su propia historia y la de su familia.

Son poemas simpáticos, pero veo un pequeño problema. Cuando se escribe para 'un público' hay que conquistar la atención, llevarlo a otro mundo de pensamientos que sean reveladores para el lector. Cuando yo leo su poesía, creo notar que ustedes escriben para sí mismas, como en una especie de diario.

Claro que está muy bien, no hay nada contra los diarios, pero si deseen abrirse más al mundo, sí falta todavía.

Como no sé, ni pregunté, qué es lo que exactamente esperan de mí, las dejo con estas mínimas reflexiones y me despido con un fuerte abrazo. Ya me dirán cómo les hago llegar los libros. Chau!!!!!!!!!!

RESPUESTA NUNCA ENVIADA

Quién dijo que la poesía
era de la abstracción
de una filosofía
de conceptos limpios
pulidos
eternos
que no se descomponen
como cadáveres
la poesía es también
un cadáver en una caja de
hagelslag
en una jaula
cuadrado en cuadrado en cuadrado
la primera persona prohibida
que se universaliza
al hacerse letra y papel
la identidad
del inmigrante
busca pasar desapercibido
un cartel de hijos
sostenido
en la manifestación
te ven, te sacan fotos

estás expuesta
expuesto
es un coming out
también
por eso el yo
por eso la misma mesa de fórmica
por eso la mierda y la bronca.
Poesía también es una necesidad
como dormir, comer, coger,
leer, amigos, pertenencia.
Puede ser un oficio puro
sin rastros del yo
un oficio de ángeles castrados
a mí me puede gustar esa poesía
esa es la diferencia
mi poesía abre
la tuya cierra
es que hay vida aquí
y en tu cajón
me asfixio
prefiero el cartón
del
hagelslag.

DISCIPLINA

Durante el pasado año Lola consiguió disciplinarse. La imagen que sus estudiantes tenían de ella, de alguien estricto con los alumnos y sobre todo consigo misma, era ahora realidad.

Se levantaba a las seis, tomaba un té y escribía media hora en la mesa de la cocina. Después iba a nadar a la piscina pública, media hora, no más.

Se duchaba y frente al espejo daba los últimos retoques a “Lola profesora”: el pelo lacio y mojado atado atrás, un poco de maquillaje en los ojos almendrados. Eran de un color que cambiaba, pero Lola pensaba que la variación se debía más a las miradas, porque si la persona era morena veía sus ojos color azul. Si la persona era rubia, los veía castaños. Entre esos dos extremos estaban las personas que decían que eran verdes. A Lola le gustaba creer que el color era ese.

Desayunaba un café con leche en la cafetería de la universidad, siempre con fruta y todos los días con un bocadillo de pan negro y queso, excepto los viernes que se comía un cruasán o un pastelito.

De nueve a quince daba las clases y solía ser el horario fijo, tenía que estar allí. Al finalizar su turno, podría ser que tuviera reuniones de departamento u otras actividades (charlas con alumnos, la organización de un mini-festival de cine iberoamericano, esas cosas). Cuando se iba a las quince, volvía a casa de inmediato, almorzaba algo liviano (casi siempre las sobras de la noche anterior) y escribía y leía hasta las diecinueve o veinte.

A esta hora volvía a ir a nadar. A las veintiuna, cenaba.

Después de cenar leía o miraba algo en el ordenador.

Se acostaba temprano.

Los sábados y los domingos reemplazaba la natación por caminatas. Lo que no había podido corregir en la semana (tareas de alumnos) trataba de despacharlo el sábado. El domingo escribía y leía, generalmente de nueve a quince.

Su vida social se repartía entre el sábado y el domingo, casi nunca salía entre semana porque eso significaba sacrificar la natación o la escritura.

Con Mirta y Pamela, cuando se conocieron, empezaron a reunirse los domingos a la tarde, uno por mes.

Solo en períodos de vacaciones escolares aceptaba verlas en la semana porque podía adelantar su horario de escritura y natación y estar lista a las diecisiete.

Había llegado por trabajo a Austria y una vez que eso se afirmó puso su esfuerzo en que la escritura no se perdiera en el papeleo de exámenes, notas y libros de gramática.

Un español para enseñar y otro, el de ella, uno íntimo, que en un futuro daría su fruto, un libro de cuentos y una novela corta.

TRABAJO

Hacía un año que Lola, Pamela y Mirta se habían conocido. Lola había publicado algunos cuentos en una revista literaria y tenía una oferta para editar un libro que incluiría esos y otros relatos más. Era probable que la editorial también publicase su novela, que ya casi estaba lista.

Pamela seguía traduciendo incidentalmente. No le rendía, pero algo era y le gustaba mucho hacerlo. Gracias a Daria que le pasó el dato, Pamela hizo un curso en Viena y entonces el coordinador, uno de los expertos en Austria, Rainer Strobl, la subempleó para filtrar material. Trabajo también incidental, le daban libros para leer, libros de las Américas en castellano.

Mirta seguía en un limbo extraño. Lamentaba que ciertas actividades le sacaran tanta energía. Por ejemplo, se había agregado tours en inglés, pero le costaba mucho prepararlos. Todavía la ponían nerviosa. O Elsa de la Casa se iba unos meses a hacer un voluntariado en Ghana y tenía que hacerse cargo de las clases de alemán ella sola. Los alumnos la mandoneaban y se irritaban con su inseguridad. Todos, incluso Mirta, extrañaban a Elsa. Volvía de las clases agotada. Tratando de pensar que lo bueno

era ir y mostrar a los ilegales “aquí estoy, me importan”. Todo el lío de no ser la maestra ideal o de que no tuviesen más docentes o más horas de clase, bueno, tampoco era su culpa. Tenía que valorar lo positivo de su aporte. Incluso los alumnos, sí, preferían a Elsa, lo que era muy lógico, claro, pero no la trataban mal, el mandoneo era su forma de ayudar.

Escribir no iba tan bien. Aunque no se podía quejar. Algunos poemas, relatos cortos. Había enviado dos poemas a revistas en la red, pero los rechazaron.

Pamela escribía, aunque tuviera dificultades para corregir y para mostrar. A veces incluso el tiempo era un obstáculo, sobre todo cuando también traducía, no era muy rápida, hacía días largos y además quería estar con Fritz y Nino. Empezó una novela autobiográfica pero no le encontró la vuelta. Tenía imágenes y algo que le parecía importante volcar en narrativa, una narrativa que no existía, que no tenía una estructura. Pensó pedirle ayuda a Lola a quien respetaba más que a Mirta (en cuanto a lo literario). Pero no se animó. Le dio vergüenza. O nunca encontraba el momento propicio. Dudaba si incluirla a Mirta. En un momento dado llamó a Lola carpeta en mano, con el objeto de dársela. Lola justo estaba en un período muy ocupado en la universidad y además corrigiendo el libro de cuentos, por lo que no podía encontrarse con Pamela y menos ocuparse de pensar en la novela trunca. No le quedó más remedio que callarse la boca cuando Lola le explicó su trajín y le pidió por favor que se encontrasen en otro momento, en tres meses o algo así... Tuvo que volver a posponer su confusión sobre esa novela inconclusa, o, mejor dicho, nunca propiamente empezada.

Por otra parte, le gustaba darle una mano a Rainer, el traductor, evaluando qué libros valdría la pena publicar en alemán y por qué. La mantenía al tanto de lo que se estaba escribiendo y editando actualmente. Una mañana Rainer la llamó para ofrecerle

un trabajo muy distinto: acompañar a Jorgelina Kazán durante cuatro días en una gira de promoción de su último libro (que él había traducido).

La primera ráfaga de entusiasmo de Pamela se desvaneció con un golpe en el estómago y un escalofrío en la espalda. Era un buen dinero, eso la alegraba. Podía ser interesante conocer a Jorgelina Kazán, a pesar de esa novela de ella que no le había gustado. El problema que advirtió en el momento que fue a agendar esos días en el calendario familiar era que Fritz estaría en un congreso en Milán durante la misma semana. Podía encontrar a alguien que cuidara a Nino de día, pero no tenía a nadie para las noches. Los padres de Fritz vivían en Hannover, demasiado lejos, no podía pedirles que vinieran. Su madre vendría en diciembre y sabía que no podría adelantar la fecha, no solo por disponibilidad de pasajes sino también porque ella todavía trabajaba y justamente había elegido venir en diciembre para enganchar con las vacaciones de navidad y año nuevo.

Tenía que encontrar una reemplazante. Y como Lola estaba *full-time* en la universidad y siempre tan ocupada, entonces pensó en Mirta. Mirta hablaba muy bien alemán y seguro que podría ser una guía excelente para Jorgelina.

—Se trata de recibirla en Viena. Hay una presentación en Graz y en Innsbruck también.

Mirta la miraba sin entender.

—Te pagan expensas. Es un buen dinero.

Mirta estaba helada. Era trabajo. Para ella era posible arreglarlo. Incluso creía que nadie la extrañaría en casa, que estarían felices de que se fuera cinco días. Pero no era cualquier escritora. Era Jorgelina Kazán. Un sentimiento indescriptible se apoderó de ella. Algo entre miedo, ganas de reír, envidia y desenfado o temeridad. Pamela no sabía nada de lo que había pasado con

Jorgelina, que Jorgelina había usurpado su lugar, o mejor dicho cómo Jorgelina había sido astuta y ella no.

La mezcla de envidia, admiración y desprecio que le tenía no la había hablado con nadie, tal vez en alguna ocasión con Jürg. Podría ser que hubiese hecho una referencia sutil a Lola cuando le contó que estuvo cerca de la fama pero que Kazan la “destronó” sin que ella hubiese apoyado bien el culo en ese trono, apenas lo había rozado.

—Me parece una oportunidad muy buena. Gracias, Pamela
—le tocó la mano en señal de reconocimiento.

—Le explico a Rainer ya mismo. Deja que él se comunique, lo hará muy rápido para darte todos los detalles.

Se despidieron con un beso, se montaron en las bicicletas y cada una se fue por su lado. Mirta con el último de Kazán en la cartera, préstamo de Pamela. Todavía no lo había leído y tenía que ponerse al tanto.

Después del Q&A en el que Mirta se sorprendió de su propio desenvolvimiento como intérprete –no estuvo impecable, pero, a pesar de los nervios, muy decente– Jorgelina sugirió que fueran a cenar todos juntos. El editor vienés, su mujer, el director de la cadena de librerías auspiciante, Jorgelina y Mirta, debatieron poco tiempo y eligieron un café tradicional, famoso por sus platos típicos. La cena fue muy relajada, bebieron mucho, empezando por cerveza y terminando con vinos austríacos y se entendieron más o menos bien mezclando inglés, español, alemán e italiano.

El director de las librerías se fue muy rápido. El editor y su mujer caminaron con Jorgelina y Mirta hasta el hotel y, al despedirse, él le pidió a Mirta que acompañara a Jorgelina hasta su suite, porque estaba muy borracha y parecía necesitar alguien en quien apoyarse. Mirta obedeció sin chistar, subieron por ascensor y caminaron hasta la habitación, Mirta soportando el

peso de Jorgelina que se había inclinado contra ella y se agarraba fuertemente de su brazo.

—Quedate, Mirta. No me gusta dormir sola.

Mirta dudaba sobre qué sería lo más sensato. Miró el reloj con disimulo para que Jorgelina no se diera cuenta. Era la una. Bueno, podía quedarse un rato, hacerle compañía y después irse a su habitación. Estaba cansada, el alcohol solía darle mucho sueño últimamente.

Jorgelina se tiró en un sillón blanco, en la sala. Gruesas lágrimas corrían por sus mejillas. Se sacó los zapatos y la blusa, su rostro adquirió una expresión tierna y le susurró:

—Mirta, acercate.

Obedeció preocupada. Jorgelina le tomó la mano entre las suyas, suplicante.

—Dulce Mirta.

—Mañana es el programa de televisión. Mejor que vayamos a dormir.

—No te vayas. Rainer siempre se quedaba. ¿Por qué no vino?

Mirta cayó en la cuenta de que Rainer habría inventado una excusa. Jorgelina era insoportable, pero le daba lástima. Del odio a la lástima no es fácil llegar, Jorgelina Kazán lo había conseguido.

Mirta le sacó la mano, sin brusquedad.

—Tengo que ir al baño.

Envío dos wasaps a Jürg y Pamela pidiendo ayuda, pero era obvio que no tenían los teléfonos prendidos.

—Dale, quedate.

Jorgelina se incorporó con una energía inusitada cuando Mirta regresó a la sala. Sacó dos botellitas de whisky del minibar. Miró la etiqueta con desaprobación, “Bah, es lo mejor que tienen” y vació el contenido en dos vasos que estaban dispuestos boca abajo en una bandejita.

—No hay hielo, pero sí agua fría.

—No, está bien así.

Jorgelina se tomó su whisky de un trago.

—Acompañemos con algo —dijo, mientras abría un paquete de castañas de cajú y uno de M&M's.

Mirta picoteó un m&m color verde.

—¿O no te gusta el whisky? Hay vodka y también Jagërmeister. ¿Te gusta eso?

—No, está bien.

—Sí, el Jagërmeister es asqueroso, tal vez con coca-cola.

Jorgelina se sirvió ahora el vodka tomando primero un traguito de la bebida antes de llenar el vaso por completo, a modo de enjuague.

—Mi vida es una farsa.

Jorgelina suspiró otra vez tendida en el sillón. Una gruesa lágrima rodaba por su perfil derecho, en el momento en que la secó con el dorso de la mano se le corrió el maquillaje.

—Gran parte de mi obra es una mierda. El cuarenta por ciento ni siquiera lo escribí yo.

El rostro de Mirta seguía imperturbable. En su interior una sonrisa de satisfacción, un “yo ya sabía”, fue su leve victoria compensadora.

—¿Cómo? —preguntó suave e incrédula.

—No, no lo escribí yo... Bueno, hacíamos equipo con el editor y algún escritor fantasma. Siempre lo cambiábamos. Dependiendo del ambiente de la novela y del tono. Con el editor, ya desde mi segunda novela, fijamos un estilo, una base, una temática. Después, los argumentos, a veces eran idea mía, a veces del Chino. Hemos robado, solo dos veces, ideas de novelas enviadas a la editorial. Una vez trataron de hacerle juicio, pero el Chino es muy vivo, se las sabe todas... Yo le dije que mejor parar con esto, sobre todo al principio, pero él me insistió, además que yo me acostaba con él por ese entonces, era difícil decirle que no.

Mirta asentía mientras se preguntaba qué le habría visto Jorgelina al Chino, además del encanto de ser un hombre poderoso y temido.

—Él me decía: dale, vos tenés la pinta, y mal no escribís. Eso yo lo puedo vender. Claro que producir y vender es complicado, lleva tiempo. Dejá que los chicos muertos de hambre nos ayuden. Ellos ganan unos pesos y practican. Todos salimos ganando. Mientras tanto vos vas a la tele, almorzás con Mirtha Legrand, el público te adora. Yo creo que si publicamos un libro con un título, firmado por vos, con tu foto en la contratapa, pero adentro sin nada, sin una página escrita, creo que nos forramos de guita. Así me dijo. Pero no me arriesgo por las dudas, ¿viste? O sea que tan loco no era.

Mirta se mojó los labios con el contenido del vaso, todavía actuando.

Se había sentado frente a Jorgelina, la escuchó y, viendo que esperaba una respuesta, se inclinó, apoyó una mano en su hombro e intentó tranquilizarla.

—Estás agotada, esta gira por Europa es tremenda. Acostate, tenés que dormir, mañana a las diez hay que salir para el canal.

Durante el resto de su estadía en Austria, Jorgelina pasó a necesitar mucho del oído atento de Mirta. De sus frases hechas pero reconfortantes. Incluso hasta había intentado llevársela a la cama en dos oportunidades. Mirta nunca había tenido experiencias homosexuales, no estaba interesada en tenerlas, tal vez de adolescente podría haber “probado” pero ahora tampoco tenía necesidad de serle infiel a Jürg, ni con un tipo, aunque, para ser sinceros, hacía años que nadie la miraba. Jorgelina era su opuesto. Era evidentemente promiscua, pero, a la vez, gustaba a los demás, por su belleza, elegancia y fama. Esa promiscuidad no se veía como algo negativo. Por lo menos en los medios donde Jorgelina se movía era un gesto libre y la escritora siempre

emanaba dignidad, orgullo y sus amantes se consideraban un accesorio necesario para la diva.

La castidad de Mirta no ofendió a Jorgelina, todo lo contrario. Le pareció que Mirta era demasiado buena para aprovecharse de lo vulnerable que estaba. Porque jamás se mostraba así; aunque bebiera, siempre conservaba un mínimo de control. Ahora hacía tres noches que se sinceraba con Mirta, que lloraba, que se lamentaba del punto al que había llegado su vida.

Jorgelina lo sospechaba y hablando con Mirta llegaron a la conclusión definitiva: estaba pasando por una *midlife crisis*. Mirta le hizo prometer que después de la gira por Europa dejaría el alcohol. Jorgelina le hizo prometer a Mirta que la visitaría en la clínica que juntas reservaron *online* cuando fuera de vacaciones a Buenos Aires, el próximo mes.

El trabajo le salía perfecto a Mirta. Como guía turística había adquirido cierto don de gentes y un aura profesional que iban bien con su rol de intérprete. El libro de Jorgelina era entretenido, pero era evidente que se trataba de un producto comercial. A Mirta le parecía ya demasiado, jamás podría escribir así (además, era probable que Jorgelina no hubiese escrito ni una coma de toda esa novela). Compensaba su poca experiencia como intérprete con su preparación literaria, era leída, conocía el vocabulario y, lo más importante, como Jorgelina la adoraba, el editor austríaco estaba contento con ella.

Cuando se despertaba antes de ir a desayunar, se ponía a escribir, aunque fuera unas líneas, como era su costumbre, y se daba cuenta de lo miserable que se sentía, del daño que le hacía escuchar el dolor psíquico que pasaba Jorgelina después de un día lleno de entrevistas y además, frecuentemente, con una presentación. En ese cansancio y desolación, extrañaba a su familia. La presencia corporal de Jürg y de los chicos, aunque el último mes, le hubiesen dirigido la palabra menos veces que

Jorgelina en los cuatro días pasados, ese estar de ellos, le daba una extraña felicidad, extraña sobre todo en el caso de los chicos, que lo único que querían era que los dejaran tranquilos, mientras que el marido todavía, a veces, era afectivo o podía mirarla y sonreírle. La tristeza de su vida se unió a la de Jorgelina por la que sentía lástima y desprecio a la vez. Una leve piedad, casi simpatía, empezó a envolverla. Y para salir de esa sensación empezó a escribir una historia en la que Jorgelina y ella se escapaban, como Thelma y Louise, una historia romántica, con un beso al final. Al escribir se reía y se dio cuenta de que era una parodia. El resto de la gira por Austria (quedaban dos días) estuvo escribiendo aventuras de dos mujeres, utilizando partes del diálogo con Jorgelina, contando cómo eran las dos. Pero la Mirta de sus relatos era más noble que la Mirta real. Jorgelina era más parecida a la Kazán real, más ridícula y con todos sus secretos expuestos al lector.

Fue entonces cuando Mirta recuperó el placer en la escritura, el placer que ella sabía que todavía existía pero que había estado tantos años sin manifestarse, en hibernación.

DE AMISTADES Y DE HOMBRES

Siempre se desaconseja a las mujeres ir atrás de los hombres. Hasta ahora Lola pudo pensar solo en ella y hacer su vida: estudiar y trabajar, cultivar amistades; sí, Lola era de esas, se priorizaba a sí misma, si no sobrevivía, pero dedicaba también tiempo y luz y charlas y agua a sus amigos. En la serie de enseñanzas que se transmiten, las amistades, los amigos, no eran los hombres. Las amistades son otra cosa y hay que tenerlas. Consumen menos tiempo que los hombres, eso sí, pero hay que ponerse. Entonces Lola vivió la vida que, siguiendo ese código subyacente, baja las directivas a los de su generación y grupo social y... ¿Es un código? ¿Es un mandato? ¿Es la moral burguesa? ¿Qué es?

Es el que dice: siempre trabaja o estudia, ten amigos, trata de ser solidario en la medida de tus posibilidades y nunca vayas detrás del amor. Los hombres van y vienen. La familia también es importante, pero más por una cuestión de lástima y de raíces. ¿Raíces? Sí, ese código tiene algo con las raíces que es lo más conservador que hay. “No somos plantas, somos personas”, dijo Judith Herzberg una vez en una entrevista y también Ana

Sebastián escribió algo así. “Pero es difícil y no tendría motivo para negarme a mi familia”, pensó Lola. “Los quiero”.

Y se acordó de Esteban. Que había hablado mal de él porque volvió a Argentina. ¿Se había casado? ¿Realmente había sucedido eso? No quería ir a fijarse en Facebook, hacía mucho que no miraba y le daba rechazo usar las redes para rastrear a los ex. Fue muy extraño porque pensó en él y poco después recibió un correo.

Venía a Austria y quería verla.

—Pensé que tenías que venir atrás mío. Pero no me di cuenta de que podía ser al revés. Acá estoy.

Esto era algo absolutamente irreal y arbitrario. Y ahí estaban. Y no era tan guapo. Habían acordado verse en la cafetería de la universidad. Él estaba tomando café con leche. Era su bebida preferida. Tenía un jersey grueso y oscuro, escote en V. Estaba vestido más descuidado que de costumbre, la camisa rayada asomándose por todos lados, incluso a la altura del talle. Podía ser la última moda, Lola no sabía.

Se había sentado frente a él después de que se saludaron con dos besos. Algo confusos porque él quería darle dos y ella uno. Esteban apenas se atrevía a mirarla a los ojos. Y ella lo miraba sin entender.

Le dijo esa frase, algo como “vine atrás tuyo”, de un tirón. Ahora apenas se atrevía a mirarla y ella no sabía qué hacer.

—Hace tres meses que me separé. Empecé una terapia y decidí venir. Si querés trato de quedarme. Si no querés verme más lo entiendo. Pero yo no podría seguir sabiendo que, bueno, que Jime no era, que eras vos...

—¿Que era qué? ¿Jime es tu mujer?

—Ex. ¿Querés tomar algo?

Lola sacudió la cabeza para decir que no.

—¿Que qué era? —repitió.

—La mujer de mi vida. Yo lo sé.

—No tendrías que haberte separado.

Los dos se sentían incómodos.

Dos chicos que habían sido compañeros de maestría de Esteban y ahora estaban haciendo un doctorado, se acercaron y los saludaron.

—Vayamos a otro lado —propuso Lola.

Yo ya me he acostumbrado, ya no te extraño. Tu llegada es una interrupción del pasado. Es muy rara, eso lo pensé, no lo dije. Mientras caminaban junto al río.

—Me quedo cuatro días más. Después voy a lo de mis tíos en Italia, en Pescara. Me podría quedar allá, podría volver acá, podemos encontrarnos en algún lado, no sé, Venecia.

—Venecia me deprime.

—Sí, a mí también. Bueno, en otro lado. Yo te invito.

—¿Tienes dinero?

—Sí, tenía un buen laburo.

—¿Ya no?

—Sí, pero si funciona entre nosotros... estoy dispuesto a renunciar, si preferís que vivamos acá.

—No sé, todo esto, es muy de golpe.

De pronto le pareció guapo otra vez. Le había dicho lo que tenía que decirle y se había quedado quieto, en paz. Esperaba un movimiento de ella. Lola sabía que tenía todo el poder ahora. Nunca había querido eso. Todo lo que no entendía no le importaba. Parecía estar frente a un loco. Se va, se casa con otra, vuelve. Un histérico. Por otro lado, se sentía halagada. Desde el puente, él arrojó la piedra con la que había estado jugueteando. La piedra rebotó milagrosamente una vez antes de ser engullida por la corriente.

Ella tenía que volver a dar clase. Caminaron con lentitud hasta el edificio.

—Por lo menos quedemos como amigos, ¿está bien?

—Sí, claro. Creo que te voy a escribir para preguntarte cosas. Todavía no entiendo qué es lo que pasó.

—Yo estoy feliz de haberte visto otra vez y ahora me quedo tranquilo, porque lo intenté. Estoy muy agradecido de conocerte. Se despidieron.

—Voy a insistir un poco más. Decime si me pongo pesado... ¿Capaz nos podemos ver otra vez, antes de que me vaya a Italia?

Lola no pudo evitar una sonrisa. Emanaba una energía que le resultaba simpática.

—Dame veinticuatro horas para procesarlo. Después, si quieres, nos comunicamos por wasap.

Él vio su sonrisa y se le iluminaron los ojos. “Entonces así miran los hombres enamorados”, pensó Lola. Y él empezó a irse y ahí entendió. Le gustaba más de espalda que de frente.

—Es un loco.

Lola no podía escribir, no podía nadar, lo único que pudo hacer fue pedirle a Mirta y a Pamela que se encontraran para charlar. Tenía amigos en la universidad, pero ellos conocían a Esteban. Quería contarle a alguien de afuera. La única que podía ir a último momento era Mirta. Pamela era menos estricta con los hombres. Pamela la habría entendido. Mirta debía de haber tenido experiencias muy malas cuando vivía en Argentina.

—¿Es porque has tenido experiencias malas en Argentina? ¿Tienes un prejuicio?

—No. Yo era la mala —dijo Mirta. —Vos sabés que este tipo está loco.

—Pero me intriga.

—¡Ese es su juego!

Mirta era feliz. Se dio cuenta que le gustaba dar consejos sentimentales casi tanto como hablar de literatura.

—Creo que lo voy a volver a ver. Tengo muchas preguntas.

—Después de verlo las vas a seguir teniendo. Así se manejan. Se habían encontrado en la entrada de los jardines de Mirabell y habían caminado charlando, sin pensar a dónde iban, sin mirar. Lola se había detenido. Si bien no había oscurecido, el viento de la tarde le dio frío.

—Creo que me voy a casa. Gracias por venir a charlar.

—¿No querés ir a tomar un café? —le preguntó Mirta un poco decepcionada. Había pensado que hablarían más de Esteban, y tal vez de otras cosas también, de cine o de libros o de la escritura.

—No. Es que refrescó. Necesito estar sola. Discúlpame.

—Yo me quedo un rato más. Voy a leer.

Mirta sacó un libro de su cartera. Se despidieron, Mirta se sentó y antes de abrir el libro, miró un instante hacia Lola que se alejaba con paso veloz.

Lola no se dio vuelta, pero pensó en Mirta sentada, leyendo, entre las esculturas de los enanos.

PAMELA Y EL SEXO

“Nunca pensé que iba a valorar ese libro de Jorgelina Kazán”, entendió Pamela, mucho después.

En el otoño, antes del viaje a Buenos Aires, hizo otro taller de traducción literaria. Este era en Graz y lo organizaba la universidad. La novela elegida contenía una escena muy explícita. El problema aquí no era el sexo. Era la violencia. Los implicados, víctimas y victimarios, eran niños y niñas. La crítica suponía que esta escena estaba perfectamente construida y justificada en la novela, pero no para Pamela. Hay violencia en el sexo, sí. Niños y niñas de doce años son capaces de actos de sexo y violencia. ¿Y entonces? En la vida real, ¿no dicen que no? ¿se van corriendo?

La niña más cruel se transforma en enemiga de la niña víctima porque los niños dicen que la otra le mató el caballo. Los niños le meten herramientas en la vagina y en el ano porque después podrán tener sexo con la niña cruel. El caso de Jorgelina Kazán es muy distinto, para ella el sexo es algo bueno. Los personajes gozan. Aquí hay un personaje que es torturado solo para que la autora pueda mostrarle al lector lo valiente que es. Al final, Jorgelina, en comparación, es un genio. Hay aspectos de muerte

y violencia en el sexo, también de gozo y de vida. Si no hay vida no es posible morir.

Tal vez, como escritora debería escribir escenas de sexo explícito en las que por lo menos uno de los personajes goza, en lo posible todos los personajes implicados. ¿O será que la joven autora austríaca quería hablar de la maldad de los niños, *all the children are insane* de Jim Morrison? ¿Los niños solo gozan con el sexo si son sádicos?

Escribir escenas de sexo. Muy felices. Trataré de que hagan avanzar el relato. Las voy a escribir. ¿Puede el sexo en sí, como placer, hacer avanzar el relato? Cuanto más leo, cuanto más sexo, más resalta lo que yo creo. Kazán no será Di Giorgio ni Lamborghini (tabú sexual y político y un humor maravilloso). Pero mil veces mejor que Evelyn Winkler.

EL GÉNERO TEXTUAL

No hay que pensar mucho para saber con certeza que en el futuro no habrá más hombres ni mujeres, ni negros ni blancos. Solo seguirá habiendo diferencias sociales y económicas que se determinarán por donde uno haya nacido. Los nacidos en regiones altas de la tierra (fortalezas amuralladas y protegidas) serán superiores al resto, los del Himalaya, luego las cumbres andinas y seguirán varias regiones intermedias. Los Alpes se convertirán en una de ellas, siendo este uno de los pocos sectores de lo que se conocía como “continente europeo” en los que se vivirá civilizadamente.

A continuación, les seguirán en el rango social personas nacidas en zonas susceptibles de inundación. Y luego las personas semiacuáticas, nacidas en embarcaciones, muchos de ellos habrán desarrollado impensables habilidades marítimas y de nado, pudiendo aguantar la respiración ya por más de media hora y que, según los pronósticos, se transformarán en los nuevos peces del mar que 830 años antes los humanos de entonces habían despoblado con la pesca ilimitada. Estos seres descenderán del género humano de las zonas costeras de la antigua Tierra, de

la pampa sudamericana a los Países Bajos, de la llanura china a Nullarbor en Australia, de casi la totalidad de lo que hace 830 años no era océano. Si algún humano de entonces despertara en el futuro, no reconocería lo que ve.

Al menos, la vida para los seres de las alturas habrá mejorado. Tendrán que repeler los intentos de invasión de los de los pantanos y afinar la cacería de los acuáticos (que son deliciosos marinados, qué ironía, en salsa de soja), estos últimos menos peligrosos.

Lo que no se puede negar es que la igualdad en los distritos montañosos (mejor dicho, anteriormente montañosos, en este tiempo futuro son tierras apenas elevadas y que por eso no se hundan), se debe a la eliminación de las diferencias. O de lo que alguna vez se entendió como diferencias. Toda la gente es marrón. No se reproducen sexualmente. La reproducción es una actividad estrictamente económica que se genera por necesidad. Si hace falta gente, se la fabrica. El sexo, por lo tanto, solo tiene que ver con el placer. Las zonas erógenas son, más o menos, las de siempre, con algunos cambios evolutivos. El pecho: estos seres no tienen mamas, a excepción de algunos ejemplares, más adiposos. Los pezones no son erógenos de por sí, a excepción de algunos casos de especímenes que se excitan al ser estimulados en estos puntos. Esto es independiente de que tengan o no pechos por obesidad. No tienen órganos de reproducción sexual. No tienen ni vaginas, ni penes, ni úteros, ni testículos, ni ovarios. Tienen un clítoris altamente desarrollado. Arriba la uretra y abajo el ano. Algunos especímenes estimulan la uretra con implementos desarrollados para este fin con el apropiado nombre de “pajillas”. Otros estimulan el ano con implementos o con los dedos/mano. No son mayoritarios los ejemplares de estas preferencias porque con el clítoris y los labios que lo rodean, estos seres tienen suficiente para entretenerse. Pero siempre

hay especímenes más aventureros, es una cuestión evolutiva. La boca, las orejas, los pies, ciertos puntos en la espalda, siguen siendo zonas erógenas típicas. El beso en la boca y estimulación del clítoris en todas sus variantes son las formas más usuales de llegar al orgasmo.

Es bastante obvio que no todos estos seres viven en pareja, o, mejor dicho, tienen sexo en pareja. La masturbación es la forma más habitual de la sexualidad y la más respetada. En la escala de valores de la población, la masturbación es lo más normal, luego estar en pareja. El sexo entre pueblos es tabú. Sin embargo, hay recintos parecidos a los antiguos prostíbulos, donde seres del pantano y acuáticos son explotados sexualmente. Además, hay agencias que van a las islas, o hacen cruceros en los que se puede alternar con los locales. Hay regiones de los mares del sur donde los montañosos saltan del barco y esperan encontrarse con los acuáticos. Estos últimos observan de lejos o desde el fondo del mar la llegada de los cruceros. Los torpes montañosos se tiran a nadar o navegan con lanchitas individuales. Circulan leyendas negras de acuáticos devorando montañeses después de atraerlos con bellas canciones. Pero son cuentos. Lo más habitual es un abrazo en las aguas. O el acuático se sube a la balsita y, sorpresa, todavía tiene pene o vagina y esa exploración realizada por el montañoso, algo entre un freak show, experiencia mística y un recuerdo ancestral, de tiempos en los que él también nacía de la cópula, desata una inmensa felicidad sexual.

Puede pasar que los acuáticos no elijan. Se dice que los acuáticos intentan enamorar a los montañosos para ir a las zonas ricas del planeta, operarse de ser necesario, y así poder ser como uno de ellos. Pero los montañosos son obedientes y prácticos. Prefieren ir una vez por año (o dos) a visitar a su acuático “adoptado” y llevarle regalos. Esta solución también es deseable para

los del agua, con esos regalos mantienen a sus familias y compañeros de isla o embarcación.

Además, es ilegal traer a un acuático a la montaña. Muchos montañeses lo han probado. En el peor caso son descubiertos y castigados. En el mejor de los casos terminan conviviendo con un acuático. Estas uniones mixtas suelen fracasar. Los acuáticos son seres muy nostálgicos. No pueden echar raíces en el mar ni tampoco en la tierra próspera. Lo que extrañan son los océanos. Y a veces su condición de tener pene o vagina y útero. No siempre se operan convencidos. Se operan para sobrevivir.

Hay un grupo revolucionario montañés cuyo objetivo es sexualizar la montaña. Paradójicamente van a anular una diferencia (entre montañosos y acuáticos, los pantanosos son seres intermedios, algunos tienen pene y testículos, otros vagina y útero y ovarios y otros el clítoris ultra-desarrollado) reintroduciendo una diferencia sexual. En esta diversidad sexual utópica los pantanosos de clítoris y sin otros órganos sexuales, tendrían que optar por una orientación sexual, una identidad, no necesariamente un pene o una vagina y su útero, pero sí una preferencia sexual que implique las relaciones eróticas con otros seres (en pareja o en grupo). Este grupo revolucionario quiere el fin de la masturbación, a la que ven como un símbolo del egoísmo montañés.

AEROPUERTO

—¿Solo cuatrocientos noventa y ocho euros? ¿Cómo lo conseguiste?

Mirta siempre pagaba mucho más para los vuelos a Buenos Aires. Es cierto que buscaba líneas más o menos confiables y no dar demasiadas vueltas.

Pamela iría a Buenos Aires con ellas. En realidad, ahí se encontraban; cada una haría el viaje por su cuenta. Lola vía Madrid, para visitar a sus padres. Mirta por Suiza. Y Pamela: primero a Portugal, después a São Paulo y llegaba por Aeroparque, que es más tranquilo.

—Te podemos ir a buscar —la tranquilizó Mirta, después de explicarle que Aeroparque Jorge Newbery era mejor que Aeropuerto de Ezeiza, también conocido como Ministro Pistarini.

La que llegaba primero era Lola, Esteban la iba a buscar. Mirta, de casualidad, arribaba unas horas más tarde, después Pamela, que era la que menos días se quedaba. Mirta y Lola se iban diez y once días más tarde, respectivamente. La coincidencia en Buenos Aires no fue buscada, pero decidieron respetarla. Por eso Mirta consiguió que un amigo les prestara un departamento, bastante

bien ubicado, frente a la plaza Petronila Rodríguez, muy cerca de Córdoba y Callao. Cuando Pamela escuchó que se iban, no quiso ser menos. Se prendió. No sabía por qué. Siempre había querido conocer Argentina, pensó que esta sería una oportunidad, pero no se animó a ir más días, tendría que permanecer en Buenos Aires. Era una reacción impulsiva o compulsiva. Sí, tenía algo de dinero, no mucho trabajo, nada que no pudiera resolver en el viaje. Nino estaría bien, justo en ese período estaban los padres de Fritz de visita. Pero sí, era un gasto y no se lo podían permitir del todo. Era un capricho. Fritz primero pareció confuso, molesto porque no iba a estar cuando estuvieran sus padres. Luego, después de la primera reacción, lo comprendió o se resignó. El dinero, sí, con un niño, la hipoteca, en fin, no podían darse muchos lujos, además de los viajes a Costa Rica cada año o cada dos. Por el resto, no tenían una vida muy consumista, bueno, por esta vez, es una oportunidad, vas a tener alojamiento gratuito. No, tanto no, pero no es caro, solo un pequeño aporte para el amigo de Mirta.

Pamela pensaba leer sus escritos a sus amigas, hablar de literatura y escribir. Pero Lola estaría mucho con Esteban, Mirta con su familia (encuentros a los que a veces la invitaba) y Pamela se vio un poco a la deriva, en Buenos Aires, extrañando a Fritz y a Nino, pero igual, la sensación no le desagradó. Paseó más de lo que leyó y escribió. Disfrutó de ser una mujer sola, sin compromisos, sin apuro, en una ciudad ruidosa, viva y amable.

LA CHILENA

Mi madre es espléndida, lleva muy bien sus sesenta y cinco años, a fuerza de yoga y ballet y cuidarse mucho. Tiene mi contextura física, no somos tan altas, pero ella lo parece. Siempre envidié su pelo largo, magnífico, hasta la cintura, que muchas veces, todavía, lleva suelto.

El teatro es una profesión dura pero agradecida. Y como artista plástica ha hecho escuela. Pero también es mitómana, por eso, cuando le dije que iba a Buenos Aires y me contestó que vivió ahí tres años, no le creí.

Me dio los datos de un argentino que ella conoció en ese tiempo y decidí encontrarme con él. Me citó en uno de esos cafés tradicionales del centro, donde los camareros llevan pajarita y reconocen a los clientes habituales. Fui caminando desde nuestro departamento y por eso calculé mal y llegué demasiado temprano. Me senté junto a la ventana y puse mi chal rojo sobre la mesa, para que me reconociera. Mirta me había dicho que a este lugar iban muchos escritores en otros tiempos. El interior era todavía imponente: columnas de mármol, espejos, lamparitas doradas, mesas y sillas de madera, muy *belle époque*. Los viernes

a la noche se bailaba tango. Ahora ni tangueros, ni poetas, martes a las diez y media, lo único que se veía era algún turista y uno o dos señores leyendo el periódico con un café. Detrás de una pareja escandinava que sacó una o dos fotos y enseguida se fue, apareció Juan Carlos, que la reconoció de inmediato porque era la única mujer sentada sola y el chal estaba muy evidente sobre la mesa. Pamela no se parecía mucho a su madre, pero sí tenía sus gestos, su porte y sus colores: de ojos, de pelo y de piel, incluso las pocas pecas sobre la nariz y mejillas eran las mismas, igual densidad.

—¿Pamela? —preguntó Juan Carlos, al tiempo que ella se incorporaba para saludarlo.

Tenía unos años menos que su madre, de rostro jovial, a pesar de la barba blanca recortada y la melena algo larga, también canosa. Era evidente que le gustaba comer y beber, tenía todo el aspecto y eso, sumado al brillo de sus ojos marrones y alegres, lo hacía simpático en el trato.

—Te pareces un poco a ella. En los gestos, sí.

—Ella sería más guapa...

—Eso no existe. No me enamoró eso —y agregó, con filosofía—, no hay mujeres lindas o feas. Solo hay mujeres.

El mozo había saludado a Juan Carlos con una inclinación de cabeza a la que él respondió con una fraternal palmada en el hombro, después de que don Tulio, así se llamaba, hubiera colocado primorosamente un jugo de naranja, un café con leche y dos medialunas de grasa.

—¿No querés algo? —reaccionó justo antes de que don Tulio se retirase.

Pamela sacudió la cabeza para decir que no.

—¿Otro café? ¿Un jugo? Un jugo, don Tulio —y a Pamela— Son buenos acá. Los exprimen en el momento.

—¿Te enamoraste de mi mamá?

—¡Claro! ¿No te contó?

—No me contó nada de Argentina. Solo que te conocía...

—Nos deslumbró a todos. Éramos inseparables, Hernán, Tony y yo. Y en nuestra cuadra había una casa donde un buen día llegaron unos chilenos y ella estaba ahí. Yo sabía que era un amor imposible. Tenía doce y ella dieciocho. Me animé y le llevé unas paltas del árbol que había en el patio de casa. Yo rompí el hielo, después se animaron mis amigos. De tu abuela no me acuerdo muy bien, solo me acuerdo de Liliana. Paraban ahí unas ocho personas en total, y a veces los visitaba gente del PRT. Creo que la casa era de ellos, no sé si del partido o alguien se la prestaba. ¿De esto no te dijo nada? ¿Nada de nada? Habrá sido traumático para ella, no sé.

Me acuerdo de que siempre había gente y guitarras. Me convidaban vino, o té, lo que estuvieran tomando. Mis amigos se cansaron de ir, pero yo perseveraré. Pasaron dos años así. Yo seguía embobado y creo que ella se daba cuenta, pero yo no le gustaba, le parecería muy chico. De pronto, algo pareció ablandarse, como que me daba más bola, pero un día voy y ya no estaban. Me abrió la puerta uno de los argentinos, estaba solo en la casa y me hizo pasar de una forma brusca, me empujó para adentro, mirando hacia los dos lados de la calle.

Se tuvieron que ir, me dijo. No vuelvas nunca más a esta casa, es muy peligroso.

Me hizo salir después de ver por la ventana que no venía nadie. Andate y no mirés atrás.

Claro, ya había sido el golpe. Yo esto lo entendía perfectamente. No entendía que Liliana corriese peligro. Eso lo supe después, el intercambio de prisioneros entre Argentina y Chile y que nadie estaba a salvo, ni siquiera los jóvenes, o, mejor dicho, los jóvenes eran los que más riesgo corrían, aunque pensándolo bien, agarraron a todo el mundo. Yo tenía quince años y me di

cuenta. Me corté el pelo y me metí adentro. Traté de no ver nada. Muchos hicimos eso. Para sobrevivir. Algunos lo hicieron tan bien, que se olvidaron de quiénes eran. Después, ya no había dictadura, por el 86 o el 87, leí sobre una exposición de tu madre, estaba en Buenos Aires y fui. ¿De eso tampoco te contó? Ahí retomamos el contacto.

La expresión de Juan Carlos es de absoluta felicidad. A pesar de la situación triste, conocerla a Liliana, a esa joven chilena, fue una de las cosas más hermosas de su vida. Lo sé porque sonrío, perdido en un recuerdo, en algún beso robado, porque tengo la sensación de que, aunque ella no lo hubiera querido ilusionar demasiado, algo de amor le dio.

Me pregunto si mi madre no me mandó a Juan Carlos para que él me cuente la historia que ella no me podía contar. Su primer exilio. A veces me habla de su niñez en Chile y de repente, está ya en Costa Rica. Al principio fue duro, pero se hicieron una vida, como otros inmigrantes. Yo no sabía que Argentina había sido su primera estación. Lógico, es un país limítrofe. Mi madre habla poco del período en el que Allende estuvo en el poder, que coincide con su adolescencia. Tampoco me ha hablado del golpe. De Argentina menos. Son sus pequeños cerrojos, de pronto deja escapar algo, poca cosa, porque se le hace difícil conservar a la mujer espléndida, de brillante carrera. Del tiempo de Allende algo me ha contado, me acuerdo, y luego, el vacío, la espera, la casa, una salida posible que duró poco porque la situación se puso pesada en Argentina también, incluso antes del golpe. ¿Qué fue Argentina para ella? Algo más que Juan Carlos, probablemente. ¿Estarían escondidos en esa casa? ¿Ilegales? Tengo preguntas, pero no sé si quiero saber las respuestas. Yo también tengo mis cerrojos.

DÚPLEX CON VISTA AL RÍO

Jorgelina estaba otra vez en su departamento. Era un dúplex Bauhaus en Palermo Chico, cerca de la estatua de San Martín anciano con las nietitas y la reproducción de su casa en Boulogne sur Mer. Milagrosamente, a pesar de otros edificios altos construidos a posteriori, todavía se podían ver el río y partes de la ciudad desde el balcón terraza.

La dueña de casa parecía relajada, lucía una especie de quimono negro con la mayor naturalidad, como si se tratase de jeans y una camisa de algodón. Mirta se preguntaba si Jorgelina sería capaz de no probar alcohol, recién salida de la clínica. En todo caso nadie se había animado a pedirlo, aunque después Pamela les confesó que, en ese momento con esa vista y el atardecer cálido y benigno en noviembre, se moría por una cerveza.

Mientras Jorgelina, Mirta y Lola tomaban mate; Pamela bebía té helado, el mate no le gustaba. La empleada había dejado vasos de agua mineral y una variedad de platitos, dulces y salados, sorprendentes por el ingenio con que estaban preparados, siendo casi todos caseros, naturales y sanos.

Fue idea de Jorgelina conocer a las amigas de Mirta. Habían hablado de literatura en general, sin adentrarse en Jorgelina en particular, como si ella misma supiese que ni Pamela ni Lola la admiraban demasiado. O sí, la admiraban, era imposible no hacerlo y, de toda su obra, había dos novelas bastante buenas, la primera, que seguro era de ella, y la otra que no se sabía, pero y qué, ahí estaban frente a la estrella de la literatura hispanoamericana y en Buenos Aires, que a pesar de las cosas horribles que contaba Mirta, les parecía uno de los lugares más fabulosos del planeta.

—Mejor entremos, está refrescando —sugirió Jorgelina.

Acababan de ensañarse con Mirabel Pasos, una escritora española que había ganado el premio de la importante casa editorial que había publicado recientemente su último título, *El ajedrez del viajero*. A Pamela le irritaba que hablara siempre de comida. A Mirta, esa irritación de su amiga le recordó sus comentarios anteriores respecto a las descripciones de sexo anal en aquella novela de Jorgelina, pero no dijo nada al respecto. Lola y Pamela aventuraban definiciones seudolacanianas que divertían muchísimo a Jorgelina: que Pasos relacionaba escribir con digerir y leer con comer. Esto después de la sentencia lapidaria de Pamela “de esas descripciones alimenticias solo disfruta su autora”.

Pero habían interrumpido la conversación, levantando vasos y platitos y mirando el Río de la Plata en los colores románticos del anochecer, con cierta nostalgia, a modo de despedida.

—Dejen todo. Carmencita se ocupa. ¡Carmen!

Jorgelina le daba instrucciones a la mucama al tiempo que Mirta, Pamela y Lola entraban al salón.

De pronto, un timbre las sobresaltó. Por la pantalla del portero eléctrico Mirta reconoció a Pedro Guzmán, el modelo.

—¿Está Jorgelina?

El muchacho se veía compungido. Aparte de eso era de una belleza increíble. Tez morena, ojos verdes, de gato, boca carnosa, cuerpo atlético. A la vez de ser bonito, tenía algo desvalido, un aire tímido, que lo hacía muy atractivo. En las revistas sería algo actuado, pero en ese momento, en la pantalla, era obvio que algo lo afectaba. Y eso le daba mucho *sex-appeal*.

Mirta no podía decirle que no, ni se le ocurrió otra cosa que abrirle la puerta.

Cuando entró Jorgelina, le avisaron.

—¿Cómo? ¿Le abriste?

—Sí, me pareció... es Pedro Guzmán —repitió Mirta a modo de disculpa. —Parecía preocupado.

—Ay, seguro que viene a romperme con las fotos mías que se publicaron con Jorge Cipolet..., ¿las habrá visto? Es muy posesivo. No le molesta que me acueste con chicas, pero con tipos no le gusta, se pone mal y más si son jóvenes y facheros como él.

—¿Quién es Pedro Guzmán? —preguntaba Lola bajito a Pamela, que sí parecía enterada.

—Ya lo vas a ver... y al Cipolet, ese también me gustaría que venga, es un pelirrojo lindo, increíble... googlealo.

Entró Pedro Guzmán y sin saludar a nadie se dirigió directo a Jorgelina:

—No miraste los medios y las redes, ¿no?

—¿Qué pasó?

—Algo muy triste.

—¿Qué? Decime.

—Murió el Chino.

—¿Cómo?

Pedro balbuceó algo de un ataque al corazón. Jorgelina ya no lo escuchaba. Se sentó en el piso y se acurrucó. El muchacho la abrazó apenas. Pamela, Mirta y Lola los rodearon. Mirta le dio una palmada a Jorgelina que se dio vuelta y la abrazó.

No lloraba, pero dijo:

—Lo quería al boludo ese.

Se produjo un silencio incómodo. Todos se miraron sin saber qué hacer. Guzmán tomó la iniciativa, saludando con un beso a las escritoras de Salzburgo que, torpemente, se presentaron, algo apabulladas por la emotividad de la escena y por la belleza del modelo.

En ese descuido, Jorgelina se había incorporado y miraba su teléfono. Había pésames neutros o afectuosos y también amenazas: “ahora que ningún macho te protege te vamos a hacer mierda”, “la próxima sos vos puta de mierda”, “tortillera puta Dios escuchó mis ruegos y te va a reventar a vos también”. Pedro le sacó el teléfono a Jorgelina y se dedicó pacientemente a borrar los mensajes de odio. Carmen entró con vasos y una jarra con licuado de espinaca, naranja, jengibre y banana, todo dispuesto en una bandeja. Se retiró silenciosa, era obvio que sabía perfectamente qué estaba pasando y que no era el momento de hablar. Jorgelina fue atrás de ella, pidiéndole la llave de las bebidas.

—Pero señora, ya no hay bebidas en la casa, usted me dijo que me las lleve.

—Andá a comprar —Jorgelina sacó unos billetes de una cartera de cuero verde y los arrojó sobre una mesita de ébano.

—No, Carmen, no vaya.

Mirta abrazó a Jorgelina, mientras le hacían un gesto a Carmen de que no le hiciera caso. Carmen se quedó, por las dudas, mirando un momento a los presentes antes de retirarse prudentemente cuando estuvo segura de que su jefa ya no la necesitaba.

—¿Te acordás que habías dejado? Esta la vas a pasar. Te vamos a acompañar.

—Dame, Pedro. No los borres. A veces les contesto.

—No, no lo hagas. Dejá que borre.

Mientras habló Mirta, Lola se dio cuenta de que se le hacía tarde y mandó un mensaje por su teléfono.

—Y ahora, con los cambios políticos, están envalentonados. Yo no soy kirchnerista, pero para ellos somos todos lo mismo.

—¿Quiénes son “ellos”?

A Mirta le dio un escalofrío.

—Los que hacen del odio su profesión. Mirá, nosotros también podemos odiar. Pero la idea es tratar un mínimo, no sé... Ellos dicen que soy una amenaza para el país, que doy una imagen del país que no es. Que pongo en mis libros que acá somos todos putos. Y no les gusta que esté a favor de la reglamentación del aborto. Ni mis novelas respecto a problemas sociales, al gatillo fácil, la ecología. Ellos creen que lo escribí yo. Claro, yo creo en eso también y lo defiendo. Doy la cara. El sexo libre les molesta y yo eso lo predico, lo practico. Lo loco es que tienen hijos igual...

—Bueno, también han robado hijos de otros.

—Sí, tu pasado, ¿no vas a hacer nada con eso?

—A mí no me robaron. Crecí con amigos de mis padres.

—Perdón por interrumpir. Es que quedé con Esteban, me está esperando ya en la puerta del cine.

—Si vas al Malba llegás enseguida. ¿La función de las ocho?

—Jorgelina parece de repente no estar afectada por nada.

—Sí... lo siento mucho. Hasta pronto y ánimo.

Todos asienten y Lola los saluda. Se va con una sensación muy extraña, casi de culpa. Ve una muchacha muy guapa en la entrada del edificio. Parece dudar de si entrar o no. Las miradas de las dos se cruzan. Lola sabe que esa chica es amiga de Jorgelina y que sabe que viene de su apartamento. Es un instante. Lola ya no la mira, pero sabe que la muchacha se ha ido, que no se animó a subir.

Algo más de una hora más tarde, Mirta y Pamela salían del edificio de Jorgelina. En ese lapso habían llegado tres amigos

íntimos de la escritora estrella: Isabela Rufino, Lucio Sánchez y Jorge Cipolet. Los tres eran famosos, bellos e inteligentes, Isabela era una actriz conocida por sus declaraciones lúcidas y comprometidas, Lucio un artista fotográfico importantísimo, y del modelo Jorge Cipolet, muy pocos saben que mientras trabajaba en Nueva York no solo vivía de fotos y desfiles, sino que también disfrutaba de una beca para doctorarse en el área de historiografía de las ciencias en la universidad de Columbia.

Mirta y Pamela, después de admirar brevemente a los presentes, los tomaron como un relevo y decidieron irse de forma tácita, sin ponerse de acuerdo. Se despidieron de Jorgelina y sus amigos famosos y salieron. En la calle ya era de noche, pero no tan tarde. Empezaron a caminar en busca de una pizzería y no pararon hasta llegar al barrio donde estaba el departamento que alquilaban, compraron empanadas en el bar que estaba justo abajo y que se había convertido en el proveedor casi obligado de comidas y se las llevaron para comer tranquilas en la cocina, con vino y soda. Pero antes conversaron caminando por las calles, que un sábado a las ocho, eran más tranquilas que un día de semana y en algunos tramos más concurridos todavía no se congestionaban con las multitudes de los sábados, o mejor dicho, los domingos a primera hora.

A Mirta eso era lo único que le gustaba de Buenos Aires: poder caminar y si también coincidía con una conversación, le parecía ideal, mejor que esas charlas de café que le resultaban demasiado estáticas. Para ella siempre había sido así, desde su adolescencia se había trasladado a pie cada vez que podía, ocultando, si eran nocturnas, esas andanzas a sus padres, que preferían escuchar que alguien la había traído de regreso en coche. Cuando estaba sola de visita, sin sus hijos que odiaban caminar, aprovechaba. Por suerte Pamela le veía el encanto. A veces se detenían y Mirta le señalaba una esquina y le contaba una pequeña historia que

podía estar relacionada con ella misma, con un tango o con una novela más o menos conocida.

Caminaron unos metros en silencio, por Figueroa Alcorta, en dirección a Bellas Artes. Luego, empezó Mirta a preguntarse en voz alta cómo estarían Lola y Esteban. A Mirta Esteban le caía mal y no lograba explicarle a Pamela por qué. Pamela decía que el chico era simpático, que hacía buena pareja con Lola y veía futuro en la relación que Mirta todavía no entendía cómo era que seguía existiendo.

—Además que me resulta tan raro —Mirta fijó su vista en el semáforo. Yo me podría haber llamado “Esteban” si hubiese sido un varón.

Pamela la mira, algo desconcertada, porque además Mirta la empuja suavemente para cruzar.

—Me dijeron mis viejos que mis padres biológicos me iban a poner Esteban como el protagonista de *El siglo de las luces*. El chico que llega demasiado tarde a las revoluciones.

—Leí esa novela, pero hace mucho. No me acuerdo.

—Yo tampoco. Y la leí para saber qué tenía yo de Esteban. Lo único que todavía sé es que transcurría en Haití.

Se produce un silencio, que no es incómodo, es un silencio feliz, entre amigas.

—Es raro que mis padres que eran revolucionarios me quisieran poner un nombre así, de alguien que llega tarde a la revolución que ellos tenían que hacer...

—Ellos también llegaron tarde...

—O muy temprano, en todo caso no la hicieron.

—Yo creo que les gustaba el nombre y la novela. Que no pensaron en eso de llegar tarde.

—Capaz que no lo hayan pensado, sí, les gustaba leer, eran muy intelectuales... pero sabés qué, yo pienso en eso todo el tiempo, en lo de tarde.

—¿Y por qué te pusieron Mirta?

—No sé, quizá porque es parecido a Marta, el nombre de la mejor amiga de mi vieja, la que ahora es mi madre. Nadie me dijo, pero me llama la atención la semejanza.

Un poco más adelante, Pamela se acordó de Jorgelina. Le parecía raro pensar lo que pensaba y por eso tuvo que ponerlo en palabras.

—Creo que se armó una fiesta cuando nos fuimos. Que a pesar de la muerte del Chino, esos amigos de Jorgelina estaban ahí para consolarla, con sexo digo.

—Sí, hay que celebrar la vida. La orgía que describió Lola en la tertulia se hace realidad.

—¿Será? Tal vez Carmen los eche a todos.

Una mujer le abrió la puerta a Romario Rodríguez, Rorro para los amigos. Él sabía quién era, Isabela, la actriz, muy bonita, pero no era Jorgelina.

Desconcertado, miró hacia la sala y vio a Jorgelina desnuda. Había otros cuerpos a su alrededor, los reconoció enseguida. Eran sus compañeros modelos Pedro Guzmán y Jorge Cipolet, ambos algo mayores que él, probablemente habrían llegado a los treinta, nunca se sabe en el ambiente. Los dos eran amantes de Jorgelina, pero jamás imaginó verlos en esa situación y menos cuando había fantaseado con tener a Jorgelina para él solo.

Ella estaba parada; Jorge Cipolet la apoyaba por atrás: su miembro erecto iba y venía entre las piernas de Jorgelina, con sus manos le agarraba las tetas y le mordía el cuello. Guzmán estaba arrodillado frente a Jorgelina que, para no perder el equilibrio con las embestidas de Cipolet, le tenía la cabeza con las manos. La boca de Guzmán estaba a la altura del coño de Jorgelina que intentaba chupar, pero la dificultad residía en el ir y venir de la polla de Cipolet.

Sabiendo de la rivalidad entre los dos se podría suponer que Guzmán no gozaría con esta situación. A pesar de esto, era evidente que la disfrutaba mucho.

Había otro hombre por ahí que vino a recibirlo, después se lo presentarían, aparentemente era alguien famoso, aunque Rorro jamás hubiera oído hablar de él, Lucio Sánchez, fotógrafo. Jorgelina dirigió una mirada rápida al muchacho y gimió, lo que le revitalizó la erección haciéndola intolerable.

Isabela, desnuda a excepción de un tocado de perlas que le decoraba el pelo rosado, se acercó para quitarle la camisa y dijo enseguida al mirarlo de pies a cabeza:

—Viene preparado.

—A ver —articuló Jorgelina.

Isabela y Lucio desvistieron a Rorro.

—Es demasiado grande —Jorgelina cerró los ojos antes de gritar un orgasmo.

Casi al mismo tiempo Cipolet eyaculaba en la cara de Guzmán. Amorosamente Jorgelina empezó a chupar el miembro de Guzmán, invitando a Cipolet con un gesto para que la imitara, tarea que premiaba con besos en la boca de su asistente.

—A mí me gusta —contestó Isabela.

—A mí también —se sumó Lucio, pícaro.

—Bájensela, después me lo pasan.

Isabela y Lucio lo acostaron sobre el suelo.

Mientras Jorgelina y Cipolet hacían terminar a Guzmán con sus expertas bocas, Rorro observaba la escena y eyaculaba, aunque era probable que el estímulo táctil fuera más intenso que el visual: Isabela se sentó arriba de él para lubricarlo con su abundante flujo, transparente y brillante, después de lo cual la mano experta de Lucio lo masajeaba. La joven miraba expectante y se disponía a masturbarse en el suelo cuando Jorgelina se echó

sobre ella, segundos antes de que se escucharan los gemidos de éxtasis de Guzmán.

Las dos mujeres se tocaron, chuparon y besaron una a la otra, gimiendo de placer. Jorgelina tomó un rol más activo, buscando una postura en la que las conchas de ambas se frotaran de tal forma que les permitiera a las dos culminar. Jorgelina se concentró en su compañera y cuando Isabela gritó y un chorro de su líquido la mojó un poco más allá de donde dedos y boca habían llegado, también tuvo un orgasmo tan intenso que arqueó su cuerpo en una ola de placer infinito.

La escena era observada por los hombres, cada uno en diferentes actitudes. Como Lucio tenía la polla en erección ya hacía mucho, Rorro había decidido aliviarlo. Lo atacó una especie de extraña solidaridad, era la primera vez, en realidad era la primera vez para todo lo que estaba haciendo desde que había llegado. Lucio lo asistió en la faena mientras con gestos le pedía que se la chupara un poquito, lo que le dificultaba a Rorro la visión del espectáculo de las dos mujeres y se volvió a excitar, sin saber si era la actividad física que estaba desplegando o los gemidos y los cuerpos de ellas o los olores fuertes en toda la estancia. Guzmán y Cipolet descansaban, fumaban un porro y observaban a su alrededor con pereza, los ojos entrecerrados.

Segundos después del alarido de Jorgelina, se escuchaba el de Lucio. Rorro se percató de que Jorgelina lo miraba y que su polla crecía nuevamente y otra vez era descomunal. Por un segundo él se ilusionó de que Jorgelina le diera, de la forma que ella quisiera, el placer que había venido a buscar. Fue por la manera en que ella lo miró, más apaciguada, dulce en su nube de éxtasis.

—Pedro, Jorge, alivien a ese pobre chico, un poco de solidaridad.

Jorge Cipolet estaba demasiado agotado y ya había cerrado los ojos. Pedro Guzmán obedeció solícito y aquí Rorro tuvo que

reconocer que la mano firme de Guzmán era irresistible para su pija, además porque el modelo también usaba la lengua y la boca. Más inexperto que Lucio, pero lo excitó que un colega mayor que él se hubiese arrodillado para satisfacerlo. Isabela se paró a su lado y lo besaba en la boca, mientras guiaba a Rorro para que la tocara. Decidió que iba a penetrar a Isabela para mostrarle a Jorgelina lo que se estaba perdiendo, pero su eyaculación fue más veloz que su voluntad. Isabela lo acostó y lo lamió con dulzura, de forma que Rorro pudo chuparla a ella para hacerla gemir una vez más. ¿Tal vez esto la convenciera a Jorgelina de que valía la pena?

La miró a los ojos. Isabela se acomodó plácida junto a Guzmán, ahora para descansar. Lucio se había servido un whisky y chequeaba el celular. La decepción de Rorro, Jorgelina la sintió. Le quedaba claro que Rorro había venido para estar con ella a solas pero, por otra parte, ella sabía que nunca iba a ser la noviecita a la que Rorro debía de estar acostumbrado. De la mano lo condujo a su dormitorio, con la promesa de un juego, más tarde, si no se ponía tan grande. Por fin un gesto de ternura que Rorro correspondería.

AEROPARQUE

Jorgelina se ofreció a llevar a Pamela a Aeroparque, aunque le significaba una ida hasta el centro para ir a buscar a ella y a Mirta (Lola estaba en un asado de bienvenida organizado por la familia de Esteban, y también de despedida, ya que se iba en dos días), para pasar prácticamente por la puerta de su propia casa que estaba a menos de cinco minutos de este aeropuerto junto al río. Mirta había tratado de disuadirla a lo que Jorgelina contestó con un “así después charlamos un poco, vos también te estás por ir” y viéndolo así, le pareció buena idea aceptar. Al día siguiente era el velorio del Chino, Mirta y Lola pensaban pasar, pero ese no era el ámbito para una charla, capaz lo fuese, pero seguro que habría más gente y tenía razón Jorgelina de verse otra vez. Siendo que Mirta también se iría muy pronto, solo tres días después de Lola, y considerando que su agenda ya andaba bastante llena, asumió que, por ese viaje, este encuentro sería el último.

Tanto Jorgelina como Mirta elogiaron el vuelo que había conseguido, aunque la espera en São Paulo fuese demasiado larga y en Lisboa tendría que correr para llegar a la conexión con

Salzburgo, era mucho mejor salir por Aeroparque que por Ezeiza. Se tomaron un café con Pamela que ya estaba algo nerviosa y quería hacer la aduana. Después de esperar a que se perdiera de vista al subir por la escalera mecánica, se metieron en el coche y decidieron dar una vuelta por el Parque de la Memoria. Mirta hacía tiempo que no iba. En realidad, había ido solo una vez, hacía como cinco años, con toda la familia. Les había mostrado a sus hijos los nombres de sus abuelos biológicos, grabados en piedra. La lista estaba por fecha de desaparición y por orden alfabético y le dio pena que estuvieran separados. No tenían el mismo apellido, en Argentina eso no se usa, o su madre no lo usaba, o tal vez nunca se habían casado. Había muchas cosas que no sabía.

Dieron una vuelta. Era domingo y muy lindo día, y por eso mucha gente joven estaba de pícnic o caminando.

Jorgelina le pidió a Mirta que le mostrara los nombres de sus padres. Se quedó un momento pensativa, calculando las edades que tenían cuando fueron secuestrados.

—Tu mamá era dos años mayor que tu papá —concluyó.

—Sí, eran jóvenes, ¿no?

—Mucho más que nosotras ahora, sí —Jorgelina hizo un gesto que podía leerse como una semisonrisa o como una mueca de desdén.

Se habían sentado en el pasto, mirando el río.

Una joven, todavía adolescente, se acercó a Jorgelina y le pidió que le dedicara un libro.

Jorgelina firmó, intercambiaron un par de palabras amables y la muchacha volvió con su grupo de amigos que tomaba mate un poco más allá. Jorgelina propuso entonces ir a un café.

Después de dudar si ir a un carrito o no, terminaron en el restaurante del club de Ciudad Universitaria.

—Acá yo hice el ciclo básico —dijo Mirta.

—Yo también, bueno, una parte. ¿Qué estudiaste?

—Comunicación.

—Sí, yo empecé eso y dejé. Me pasé a Historia.

—Casi me paso a Historia. Tenía fama de difícil. Todos los exámenes eran orales.

—Creo que todavía...

—Yo también dejé Comunicación. Hace unos años hice un *bachelor* en Salzburgo, de Historia del Arte.

—Leí tu novela —Jorgelina tomó un sorbo de su café y dirigió sus ojos amarillos hacia los de Mirta, que le sostuvo la mirada con incomodidad.

—No sé si es una novela.

—Le falta trabajo. Podría ser una novela.

—No la voy a trabajar, ni a publicar.

—¿Por qué?

—Porque te deja mal parada.

—No, para nada. Y mirá, con lo que se escribe de mí en los medios, lo que se dice de mí, tu novela es re naif. Además, yo no pensé que te referías a mí... ¿soy la escritora famosa?

—Sí.

—Es un personaje simpático. No creo que nadie se dé cuenta de que está basado en mí. Yo no me di cuenta.

Mirta estaba desconcertada. Después de la abrupta muerte del Chino pocos días antes, había decidido no seguir con esa novela que todavía no era una novela propiamente dicha, y menos publicarla.

Estaban las dos en silencio. Se concentraron en seguir un doble de tenis en una de las canchas.

—Tendrías que escribir algo sobre tus padres, hacer algo con tu historia.

Era un consejo de corazón. Jorgelina había tocado un poco el dorso de la mano de Mirta, como era su costumbre, para llamarle la atención.

—No quiero hacer nada con eso. ¿Sabés que yo estoy enojada con todo? Ellos ejercen violencia, pero hay un búmeran. Yo sé que rebota. Por eso, cada vez que vuelvo acá, me duele. Me duelen los búmeran. Y eso que en Austria también se ven cosas feas.

—No es lo mismo. Allá es más tranquilo.

—Sí. Porque está muerto. Lo único vivo son los inmigrantes. Eso a muchos no les gustará, pero es así. Y acá, no sé. Siempre me duele, me sigue doliendo, lejos, cerca, no importa. Me gustaría que ya no me doliera, que me importara menos. Esos tuits que te mandan, ¿por qué?

—Quizás vos y yo vemos más allá. Vemos a estos tipos y a estas minas y vemos personas que se levantan a la mañana, tienen afectos y buenos momentos, por qué no. Ellos no nos ven como personas, ni como animales. Somos una enfermedad. Nos tienen que exterminar. Somos peores que las ratas. Somos el cáncer. Monstruos.

—Entonces, si hay humanos que ven a otros humanos así. Si ven la naturaleza como enemiga...

—A coger que se acaba el mundo, sí. Yo acá soy la Maradona de la literatura. Bueno, creo que a él lo tratan mejor que a mí. Y soy modesta. Tendría que contratar a alguien para que me filtre los tuits. Claro, alguien duro.

—Le tendrías que pagar el psicoanálisis.

—Tal vez... esa amiga tuya, ¿se llama Lola, no?

—No es tan dura.

—Es gallega, ¿no?

—No, es de Madrid.

—Da lo mismo. Es dura. Vos también lo sos, Mirta, pero a vos no te pido que te quedes, ahora tu familia está allá.

—Yo no soy dura.

—Si pudiste hacer lo que hiciste... Mirá, vos no seguiste publicando, que yo sepa, pero te armaste una vida.

—No tengo trabajo fijo, solo los tours en temporada...

—Pero estás allá. Estás bien. Te rodea gente que te quiere.

—No sé, los chicos crecen.

—Te quieren, yo sé.

Mirta tenía los ojos llenos de lágrimas. Jorgelina era una hermana. Esas que no se encuentran todos los días.

—Espero poder hacer algo por ustedes alguna vez.

—Demostrarles a esos dinosaurios que somos como la maleza. Ya lo hacés.

—Vos estás acá, aguantando.

—Bah, lo mío es feminismo de salón. Vos predicás con el ejemplo.

—Una mujer con libertad sexual también es un buen ejemplo.

Las dos se dan cuenta de que se están tirando flores la una a la otra y sonrían, compartiendo un sentimiento cómplice y tierno.

—Cada una a su manera, ¿no? —termina Jorgelina, haciéndole un gesto al mozo para que traiga la cuenta.

ADROGUÉ

Ya lo dijo John Lennon (¿lo dijo?): El mundo es uno. Los pobres de Buenos Aires son de Salzburgo también. Europa es un continente muerto, murió cuando se enriqueció de golpe, cuando empezó a robar. Y juega con eso. No quiero ponerme política. Es algo verdadero. Yo estoy en Salzburgo, pero vivo en Buenos Aires.

¿Y los idiomas? Vivo en español. Tal vez no puro, pero ningún castellano es puro. Ningún idioma lo es. Acá se ve esa mezcla. Es humano angustiarse y querer todo ordenado.

Tal vez Lola quiso hacer algo distinto. Es lindo irse atrás de un tipo. Tal vez Lola se haga la nueva socia de Jorgelina, ahora que murió el Chino. Y tal vez Lola nunca haya salido de Madrid.

Es para nosotros, nosotras en este caso (aunque para escribir, decimonónica que soy, siempre uso el masculino...), es muy difícil entender que es real que hay muchas realidades. Leí un artículo sobre la física cuántica. Y me parece que refleja lo que nos pasa: que mientras Lola está en Buenos Aires, hay otra que se quedó en Salzburgo y una que nunca salió de Madrid. Y que Jorgelina en otro mundo escribe todo lo que publica. Y es un poco menos linda. Y yo no estoy tan celosa de Jorgelina. Me gusta ese mundo.

La literatura trata de explicar eso, de hacernos comprender lo que no es caos, puede parecerlo, es solo oportunidad.

Yo me fui atrás de un tipo. En un mundo paralelo yo era Jorgelina, la exitosa, y Jorgelina el patito feo. En un mundo paralelo mis viejos no eran desaparecidos. Los ponían en cárceles y los liberaban con otros presos políticos en el 83. Yo tenía hijas mujeres y no hijos varones.

Me gusta decir que en un mundo paralelo mis padres vivían. Y tal vez, el país que ellos querían, existía. Eso es difícil de concebir. Claro, ellos sí pudieron, al principio, para ellos, fue posible.

Mientras escribe todo esto, Pamela se le acerca.

—Este lugar se parece mucho a Salzburgo, o tal vez sea al revés. Yo viví en muchos países y tengo el pasado en tres continentes, o cuatro, incluso cinco, si cuento ancestros. Pero transcurro y eso y siempre en el mismo lugar.

—Es que nos movemos más rápido que los demás, Pamela. Lola también tiene eso. Es la teoría de la relatividad.

—¿No es cuántica?

—No, relatividad. Nosotras podemos hacer un viaje que no es espacio, es tiempo. Y no se confundan las dos cosas porque solo existe una.

—¿El tiempo?

—No, la ola.

—Eso es cuántica.

—¿Vos sabés que nosotras dos fuimos hombres y que no estábamos en Salzburgo, estábamos en Adrogué, hablando de esto mismo?

—De alguna manera lo sé, pero voy a decirte que no. Que no lo sé.

F I N

LA VOLUNTARIA II

De pronto, Mirta descubrió que los otros voluntarios tenían un contrato y ella no. Cobraban cinco euros de viático por vez y ella no. Además, había notado una disminución del alumnado de alemán desde que Elsa se había ido a Ghana y la había dejado a cargo. El grupo contaba originalmente con doce alumnos, a veces diez. Habían quedado cuatro, a veces venían solo tres. Eran Uci, Samuel, Niyi y Ali.

Por Ali sentía un afecto especial porque Elsa le había asignado la tarea de enseñarle las letras latinas. Hablaba urdu. ¿Podría escribir en ese idioma? Le mencionó en su inglés cortado que de niño había ido a la escuela y que dejó de ir porque el maestro le pegaba.

Mirta le enseñaba con un sistema de sílabas, no de letras. Iban por un cuarto de las fotocopias del método. No usaban libro, era algo de internet, porque era gratuito.

Tuvo que faltar, a veces por vacaciones, o cuando tuvo que acompañar a Vicente a Graz para conocer la universidad en la que quería estudiar. Otra semana la orquesta donde Lucas y

Fabio tocaban daba un concierto. Las clases eran los viernes, un día en que la sala estaba disponible, pero difícil para la familia.

Había algo que no manejaba. Era un error que no tuviese contrato. Tal vez culpa de Mama Banzu. Cuando ella entró, esta coordinadora preparaba su ascenso a la oficina de Innsbruck y no la guió. Esporádicamente veía a otras voluntarias, austríacas nativas, pero siempre estaban demasiado ocupadas para ayudarla, para enseñarle el trabajo. Incluso una vez trató de organizar un torneo de fútbol que fue un fracaso. Lo que tendría que haber sido una fiesta comunitaria se transformó en gente que a último momento no vino. Muchos porque tenían que ir a la iglesia o se habían confundido de día. Después se dio cuenta de que los ilegales, ante esta clase de propuestas, dicen que sí, para no decir lo que realmente piensan: no.

El día del torneo estuvo llamando por teléfono. Por fin apareció Majidu y un chico nepalí que trajo dos amigos más. Por suerte estaban también Jürg y otro amigo de él. A duras penas logró que se llevaran la comida que había sobrado del pícnic, que ella había comprado y preparado. Pero no era eso nada más. Era la sensación de estar pataleando en el mar sin poder hacer pie y sin saber nadar. De no tener formación médica o de trabajadora social o jurídica. Que no quisieran aprender alemán con ella. ¿Qué iba a saber esa señora cuya lengua materna era el español?

Que cuando la nueva coordinadora, Lizi, se enteró de que no tenía contrato... bueno, se asustó, no le iba a pagar lo que le debía (siete meses de voluntariado, descontando vacaciones y francos). Pero tampoco se apuró para legalizar su situación y firmar. Siempre surgía otra cosa, incluso, casi inmediatamente, tuvieron problemas en otro local por lo que, por unas semanas, Lizi debió ausentarse para ayudar y no se volvieron a cruzar Mirta y ella en la Casa.

Recordó las veces que había ido antes de que la aceptaran. El voluntario que administraba las visitas, Marc, era de origen africano, también ilegal. La hacía anotar su nombre y esperar. Vengo a ayudar, decía Mirta. Lo decía en alemán. Después entendió que Marc se comunicaba en inglés y no en alemán. Esas esperas, las que pensaba que eran una prueba de humildad. Fueron cuatro horas casi, dos jueves seguidos. Esa no es la forma de empezar un voluntariado. Si creen que soy indocumentada porque soy morena y no me vestí con ropa muy fina para no desentonar... La piel y el acento. Y no soy ni africana, ni árabe, ni acá hay latinos, ni hablo urdu.

Ali... Por favor, perdoname. Hay algo que no resuelvo, que es complejo y me supera. Espero que encuentres voluntarios más acordes que yo con la situación. Perdoname, Ali, por favor. No fui el maestro que te pegó, pero siento haberte abandonado. Yo sé lo que es estar solo. Y vos, además, tenés los problemas materiales. No sé si le encontraré la vuelta.

Ali sabía bailar muy bien y actuar, incluso lloró en una escena romántica, de telenovela, en la que Mirta, que era cajera en un supermercado, no quería hacerle caso. Era un taller de teatro dictado por Elsa, además de maestra, actriz aficionada. Ahora, pensó Mirta, yo lo dejé, traté de estar, pero no pude seguir haciendo el esfuerzo. Ali faltaba a algunas clases, o se iba antes y era imposible darle la atención exclusiva que necesitaba, llevando yo sola la clase y aun así...

—No es lo tuyo, tenés que aceptarlo —le dijo Jürg.

Hay algo que no me suelta. Trato de escribir sobre esto para seguir comprometiéndome.

FESTIVAL DE CINE LATINOAMERICANO

Ya saben que Lola se va a Buenos Aires. No saben que Pamela se va a Gotemburgo. No puede decirlo todavía. Siente que Mirta se queda sola. De alguna manera fueron un equipo. Pamela podrá seguir trabajando a la distancia, con el ordenador. De vez en cuando viajará a Austria para algún curso. No necesariamente, también hay cursos en Alemania, mucho más cerca de Gotemburgo. No tiene razones para volver, solo Mirta, y que es bonito. Tiene la idea de que Gotemburgo es más feo que Salzburgo, pero nunca ha estado allí. Quiere irse. No hay nada que la ate. Mirta pudo echar raíces, Jürg es austriaco. Tiene sentido. Fritz y ella son extranjeros. También lo serán en Suecia, pero él prefiere volver a trabajar en una universidad.

Lola está radiante. Desde que tomó la decisión de mudarse a Buenos Aires es otra mujer. Tiene más vitalidad, siente que va a hacer lo que tiene que hacer. Están sentadas en una terraza. Lola ya vio la película de las dos y toman algo antes de ver la de las seis. Lola entra gratis porque está en la organización. Mirta ve a Lola muy contenta por un lado y a Pamela un poco ausente por otro.

Cuando se levantan para entrar al cine, Pamela se disculpa, está cansada y prefiere ir a casa.

—Vamos, que se hace tarde.

Risueñas cruzan la calle y en el atropello de entrar a la sala y conseguir buen lugar no advierten, no se detienen a pensar por qué Pamela se echó a atrás y ya no quiso venir.

Después del debate, se toman una cerveza y mucha gente del festival se acerca a Lola. Las rodea un grupo muy animado. De pronto están todos fascinados con Lola. Mirta no sabe si es un aura agregada por el hecho de que se irá a Buenos Aires o si era algo que Lola ya tenía y que hasta ahora no había notado. El director del festival sigue dándoles conversación, mientras otros se van yendo a casa porque ya es tarde. Mirta sabe que si ella dijese que se va, entonces Lola también se iría. ¿O no? Duda si el director del festival está flirteando con Lola que parece no estar al tanto de nada. Solo para testear, Mirta se levanta y dice “me voy, es tarde”. Entonces Lola dice “yo también” y Mirta intenta leer la decepción en los ojos del director del festival. No sabe qué ve. Es un poco mayor para Lola, piensa. Pero podría ser mejor que Esteban. Duda. Divertida observa cómo se despiden. ¿No querrías quedarte, Lola? Después Lola dirá “¿Has visto que humilde que es?” y Mirta asentirá en silencio. Porque no sabe si ese hombre quiere a Lola y para qué. Podía ser un antojo, por una chica, por una noche, amor pasajero. La escena le resulta, de algún modo, tierna. Sobre todo, porque no puede corroborar su intuición, porque Lola no se entera. Entonces, ella sabe lo que quiere y eso la hace especial. O ya antes lo era.

Lola tomará un trolebús. Mirta seguirá en bicicleta. La despedida. ¡Buena suerte, Lola! ¡Buena suerte en Buenos Aires!

FURIOSA MINIATURA

Otra vez aquí, en Salzburgo. Lola está preparándose para irse a Argentina y Pamela se va a mudar a Gotemburgo. Su marido prefiere dar clases a trabajar en el estudio que lo había contratado. Todo se disuelve. No más tertulias. Quedamos amigas, pero las cosas cambian. Seguiremos en contacto, sí, de otra manera, eso también, y sé que esa manera es más solitaria, más silenciosa.

Ordeno mis papeles. Hay una serie de poemas que necesitan trabajo. Me doy cuenta de que no puedo cerrar eso ahora. Están los papeles referidos a Jorgelina, a nuestra amistad, que viene más del lado de ella, de ella creyéndome buena persona. Es evidente que también les falta trabajo. Sería fácil, no, no lo sería. A veces hay que escribir para practicar. No todo es publicable. Yo nunca quemo nada, pero ahora sí, tiro los papeles a la chimenea. Quería un gesto teatral. Sabiendo que hay copia digital, mi actitud no tiene nada de dramático.

Sola yo sé que no voy a poder. Y elijo distanciarme. No voy a insistir. Mi única luz es Daria, a quien visitaré próximamente. Voy a verla por una inercia, siento el invierno, quiero encerrarme, el insomnio, la menopausia, no, eso no porque es algo de siempre. No sé qué tengo.

Esta historia termina mal. El sexo como el cable a tierra. Rebeldía. Hay muchos finales posibles.

No tengo una idea elevada de mí misma. O a veces, solo a veces, puedo mantener una especie de ficción. ¿La más guapa? ¿La más joven? Ahora soy, no vieja, pero viejona, viejaza... No sé por qué me lo pregunté con guapa y no con linda. En algún momento me sentí así. Hace muchos años, a pesar de ser tan diferente a mi familia, a mi hermana y padres más blancos, más europeos. Y ahora tengo una familia más blanca que yo que para colmo me habla en alemán y vivo en la patria de Hitler. Siendo judía. Bueno, no soy judía cien por ciento, solo mi padre lo era, digo de mis padres verdaderos, los adoptivos sí son judíos, pero no practicantes. Podría ser que haya un deseo inconsciente de mi parte, de poblar Austria con niños (tuve tres) medio judíos. Fantaseo que hablo alemán con un acento que no es latino, que es idish. Me gustaría que Austria volviera a ser judía y otomana.

Siempre somos las historias de otros.

Nunca lo había hecho. De las llamas no quedaba nada, unas brasitas, ceniza. Puso otro leño, piñas y fuego del encendedor. Muy rápido las condiciones fueron óptimas. Tiró la novelita sobre Jorgelina. Todavía contaba con algo menos de cien páginas, no tenía un formato comercial. No había podido dormirse. Sí, Jorgelina la autorizaba. Pero si su novela se usaba para desacreditarla, para hundirla, no se lo perdonaría nunca. Sin embargo, la novela estaba todavía en la memoria USB. Eso no lo iba a borrar. Pensó que podría servir para otra cosa.

A la mañana siguiente se puso a buscar notas en uno de sus cuadernos. Se obligaría a dedicarse a corregir o a escribir dos horas por día, de lunes a viernes. Estaba con dos cuentos que según Lola necesitaban trabajo y poemas diversos. Muchos escritos desde la ira más profunda y otros desde el amor, el amor melancólico que siempre la había rodeado. Amor por la vida,

por el futuro (hijos), el hogar y su pareja. Encontró el texto que pretendía ser erótico, escrito en la tertulia en la que Pamela dijo que no le había gustado ese libro explícito de Jorgelina Kazán.

La práctica de la tierra.
La sábana, el colchón, frazada.
Penetrándonos
de lenguas y dedos
estamos
cogemos en dos sentidos
agarrar el aquí
fornicar el presente.
Es la forma que es nuestra
propia.
No hay orgía popular.
Somos dos.
Y los factores
otras ganas, otra edad
el sexo es más intimidad que lujuria
rutina
mañana inevitable.
Tenemos derecho
a que nuestros cuerpos
nos den a nuestros cuerpos.
Este egoísmo es una manera
de ejercer el presente.
El orgasmo ni se razona
ni se justifica.
Las noches que nos ganamos
el otro a la una
en la batalla de la cotidianidad.

Desde el tren vio nevar. Evocó la conversación con Pamela, la primera vez que habían ido a visitar a Daria, cuando recién se habían conocido. Estuvo un rato mirando por la ventana. Hacía mucho que no lo hacía, casi siempre aprovechaba para leer. En verdad que era todo demasiado hermoso. Una belleza irritante, de postal, que igual la envolvía, le llegaba.

En la estación, Daria la esperaba. Siempre elegante, como una diva de los años cuarenta. Un tapado entallado, con una piel escandalosa y abundante alrededor del cuello, el gorro haciendo juego, todo de un verde esmeralda que resaltaba en la nieve. Esta vez no la llevó al café de jazz, fueron a una confitería muy pequeña, escondida en el centro.

Se sentaron con chocolates calientes y *strúdeles* tibios. Un bol de crema entre las dos. Había tres mujeres mayores, en otra mesa. Tendrían casi ochenta años, eran elegantes y hablaban bajito. Tomaban té sin parar y parecían comprender y tolerar la conversación en castellano entre Daria y Mirta que a veces, subía de tono, por el entusiasmo y el latinismo de la lengua. Esas mujeres podían ser intelectuales, incluso escritoras, pero lo más probable era que fueran señoras, ni siquiera amas de casa, sí señoras finas.

Mirta sintió la necesidad de hablar mucho de sí misma. Contó sus desventuras del último año, la dificultad de escribir y de hacerse una rutina, una disciplina y estar enfocada en el trabajo. También se explayó sobre Jorgelina, las cosas que la unían a ella y cómo, al final, había decidido quemar la primera versión de la novela y que había cerrado el proyecto como algo que no tenía salida. Le habló también de sus padres, de los que ella llamaba padres y de los otros, los biológicos, los desaparecidos. Daria se conmovió con ese relato y contó de una manifestación en Holanda. Sabiendo que la reina era hija de un alto funcionario de la dictadura argentina, Daria se había puesto un pañuelo,

como el de las madres de Plaza de Mayo, durante un desfile real. El público la había mirado mal, no la entendían. Tuvo una sensación de tristeza y de que el mundo había cambiado para peor. Fue el momento, estaba sola en medio de un grupo de admiradores de la realeza y de la reina.

A Mirta le dio mucha ternura ese gesto. Aunque hubiera sucedido en otro país, en otra época. Supo que era un gesto para ella. Ahora ni Daria ni Mirta estaban solas. El acto político se transformaba, así, en un acto tibio y humano.

—¿Comprendes italiano? —le preguntó mientras regresaban a la estación.

Mirta asintió.

—Escucha...

Y recitó:

Con una testa vuota, così vuota,
dove non ritrovi
più alcuna parola.

Come puoi evocare
così netta, rarefatta,
la profondità del declivio?

Lascia apparire, lascia svanire.
Scendi, passo dopo passo
e resta. Soggiorna laggiù a lungo.

Vuota, così vuota è la testa.
Silente la parola, la bocca,
come un cielo abbandonato.

Così netta, rarefatta –
le tracce dopo una passeggiata.

Passo dopo passo, il cielo rimane.

Durante el viaje de regreso, Mirta intentó leer, pero se sentía vacía, como la cabeza del poema. Por la ventana no se veía el paisaje, se escuchaba una lluvia y a veces granizo, ya no nevaba. Contra el vidrio se deslizaban, se intuían, unas gotas gruesas, todo era frío y desamparo. Mientras leía, se le cerraban los ojos. Decidió ceder al sueño y durmió casi todo el viaje, que pasó sin que se diera cuenta. Desde ese día por un buen tiempo, dejó de tener insomnio, y siguió tratando de escribir y de mantenerlo. A pesar de las voces que le decían que no podía, que no debía, que no sabía, que no tenía derecho. Sí, a pesar de no saber si podría, alguna vez, volver a publicar.

ANTES

Cuando hacía calor agarraba su bicicleta y llegaba al lago. Siempre llevaba bolsitas de plástico para poner moras. Siempre no: en agosto. Trataba de ser la primera. Era temprano, todavía el agua estaba fría. Nadaba hacia el centro, volvía y se secaba.

Así empezaban sus días.

Ahora se despierta demasiado temprano. Se queda pensando en mil cosas que no va a resolver. Tal vez se acuerde de una: llamar a sus padres. Se pregunta qué hizo su hijo con sus cartas, si las tiró, porque no las vio al ordenar la mochila. No se animaría a preguntar. Y luego el desayuno familiar, el periódico.

Antes desayunaba también, pero era rápido, casi no se hablaba, estaban los dos solos en una ciudad pequeña de provincias en un país también de provincias que cree que está en un centro pero que sabe, en el fondo, que es demasiado pequeño y que imita a los grandotes. El problema es que el país elige mal a qué grandotes imitar. Y que cree que elige bien. Ya el hecho de imitar es patético. Cuando un país tiene sobrepoblación de vacas debe evitar cualquier tipo de emulación de países no tan vacunos. Esto es muy evidente.

Ahora piensa en todos los demás y es bueno no pensar en nadie y meterse enseguida a escribir. ¿O es muy drástico? Había que escribir en ayunas, o enseguida después de desayunar, como hacía antes, cuando se iba a nadar lo más temprano posible. En esa época escribía por las tardes y por eso hacía poemas sobre alguien que quiere merendar pero que trata de no comer galletitas. Más que por dieta, por tacañería. Eran jóvenes, ella daba clases de español, él recién había empezado en un trabajo abstracto, de ingeniería aeronáutica. Era algo gubernamental, no, la idea era que no dependieran del gobierno, un subsidio aquí, otro allá.

Antes escribía a la tarde. Ahora merienda a la tarde.

Quiere escribir como nadar. También cuando hace calor. Antes, con el frío, en lugar de nadar daba la vuelta al lago caminando. Ahora, si hiciese frío, también tendría que ponerse a escribir y llegar al centro.

Todo lo de alrededor es de ella también. Es que lo de alrededor parece real, algo que los demás podrían entender. Si se quedara escribiendo y no lavase la ropa, mucha gente la juzgaría. Si fuese a trabajar y ganase dinero estaría bien, aunque habría gente que diría que está mal que no se quede en casa con los hijos. No sus padres, ni su hermana. Otra gente.

Pero lo peor sería como hace ahora: trabajar en algo que no da dinero y no lavar. Llega a un compromiso: escribe y limpia, lo va repartiendo. ¿Por qué no? Es que si ella no lo hace, nadie lo va a hacer. Aunque los niños sean grandes, no quiere encajarles a ellos ciertas cargas. Su madre lo hacía, y así es como ahora está limpiando. Pero cree que es mejor que sus niños no limpien nunca jamás. Son niñas, en realidad. Que sean de las niñas que trabajan y dejan a sus maridos o esposos o hijos limpiando. O tienen una “chica”, como en Latinoamérica. O tiene un despiole

y las amas de casa del barrio, las otras mamás de la escuela las juzgan por ser un despiole.

Eso parece mejor moralmente.

Claro, se preocupa mucho por el qué dirán, por la moral. El problema es que hay mucha gente y algunos dicen a trabajar, otros a ayudar a tu marido. La minoría dice a escribir, porque no da dinero escribir. Excepto que logre hacerse profesional, ahí sí... pero esa gente es poca. Y ella no quiere ser profesional. Porque eso implica la escritura-fábrica. Y con eso no está de acuerdo. Si se encuentran escritores que no son así, a leerlos y venerarlos. Hacerse amiga.

Antes cuando hacía calor nadaba. Los pensamientos se congelaban y así nacieron poemas de isla y sol. Ahora nada en pensamientos, rutina, tinta. Es imposible perder determinadas costumbres. Es la primera vez que mueve el marcador en el papel. Trazo que traza. Trama que trata. Mantra. Ella es antes y fue ahora. Agua tinta arena. Escritara.

CURSO INTENSIVO DE VERANO

No sabía nada de alemán, excepto alguna palabra suelta. Un amigo podía recitar Rilke de memoria: *Jeder Engel ist schrecklich. Und dennoch, weh mir, / ansing ich euch, fast tödliche Vögel der Seele, / wissend um euch.* Después me di cuenta de que no pronunciaba nada mal. Pero antes llegué a Salzburgo hace ya más de diez años. Me senté en el pupitre, para el curso intensivo que da la universidad y que ofrece en forma gratuita a los futuros docentes. Había gente de afuera también y estudiantes extranjeros, algunos de mi facultad.

Ich bin Lola. En el momento que dije eso, en la clase, tuve una sensación de algo nuevo, muy nuevo. Lo necesitaba. Empezar de cero. Inocencia ante la lengua. Todos en esa sala éramos peor que analfabetos, teníamos que aprender a hablar, desde la fonética básica. Tal vez sea esto lo mejor de mi experiencia en Austria: haber aprendido el idioma y pretender así borrar mi pasado español. No digo algo dramático con esto. Era simple. Quería dejar de escribir, al menos por un tiempo. Estaba con dudas sobre mi talento y capacidad de trabajo y asqueada del sistema editorial que, de todas formas, estaba derrotado en tiempos de

crisis. La crisis económica se transformó en mi crisis personal, mi crisis lingüístico-literaria.

Aprender de cero (o casi de cero) un idioma, era algo más que un consuelo. Era un aire tibio y azul como el cielo de los Alpes un día soleado de junio.

No fue fácil dejar de escribir. Asquearse de todo. De esa arrogancia.

La vanidad, el lujo de sentarse a dictaminar el mundo.

Me sumergí en el trabajo, volví a bailar.

Un día vi a una mujer en la calle. Parecía latinoamericana, hablaba castellano con sus hijos. Tenía tres y todos llevaban instrumentos musicales. Un violín el mayor, una caja más cuadrada y grande el mediano, tal vez un trombón, y el pequeño una cajita más chica. Sería una flauta. En el instituto donde hacía danzas (sí, en esa época bailé) había también clases de música. La mujer era Mirta, lo supe mucho después. En aquel momento algo en ella me intrigó. Parecía lo opuesto a mí, pero a la vez veníamos del mismo planeta. Hacía dos años que había llegado a Austria, me gustaba dar clases, ya sabía el idioma. En el curso de alemán había conocido a un chico de origen libanés, su familia vivía en Francia. Estaba enamorada. Escribir no era fácil, no tenía ni tiempo ni ganas. Pero cuando vi a esa mujer, hablando español con sus hijos... No fue escuchar el idioma. Ya lo escuchaba en el trabajo, tenía amigos hispanohablantes. Fue el hecho de presenciar una situación, atravesada por la lengua, la lengua quería estar allí, mientras que los niños, entre fastidiados y avergonzados, le contestaban a su madre en alemán.

Me conmovió la escena, la paciencia de la mujer, cómo volvía a repetir la respuesta de los chicos en el español de Argentina. Si bien su acento se había suavizado, o endurecido, según de dónde se mire, todavía conservaba algunos sonidos inconfundibles, como la shhh.

Cuando, años más tarde, nos conocimos en la librería, también con Pamela, la reconocí de inmediato. Luego sí, después de unos días, me di cuenta de que era esa situación de Mirta con sus hijos lo que me había llevado a abrir un cuaderno y verter palabras casi al azar, sin pretender escribir un poema, sin narrar lo sucedido. Solo otra vez se colaban las letras y era algo que yo no controlaba, algo que no elegía. Y supe que preguntarme si merecía escribir o no era una actitud más arrogante que escribir. Si toda mi vida había girado en torno a la escritura no me podía encaprichar ahora en cambiar quién era. Tardé unos años más en volver realmente. De a poco fui construyendo mis rituales, mi disciplina. Aunque no me gustara la palabra “escritor”, yo era una de ellos. Tenía que encontrarle la vuelta todavía, de lo que iba a escribir de ahora en más y cómo y también cómo mantenerlo. Empecé a buscar.

Podré cambiar algún detalle.

Pero ya no puedo dejar de escribir. No pude entonces, estuve cerca de autoengañarme, hasta que entendí. Todo lo que tiene que volver, vuelve.

NOTAS

La cita en la página 19 pertenece al libro con ilustraciones sobre las herramientas del pensamiento, *Kann ich denken lernen?* (Zvi Szir, 2017, Basilea, www.kannichdenkenlernen.net, párrafo 20 del capítulo 5).

El poema en la página 129-130 es el primero del ciclo poético *Astarte* (Patrizia Fila, 2018, Dordrecht, De LuiardVrouwe, p. 5).

AGRADECIMIENTOS

A Matías Moreno, Subsecretario de Derechos Humanos de la Provincia de Buenos Aires, y a su equipo editorial por este espacio.

A Emiliano Tavernini por difundir a las escritoras allá.

A Daniela Martín Hidalgo que estuvo en el comienzo de las escritoras, acá.

A Wilbert y a nuestras hijas, Eleana y Francisca, porque me acompañaron en Salzburgo.

¡Gracias!



Alejandra Szir nació en Buenos Aires en 1971. Hija de Pablo Szir, cineasta y militante político detenido-desaparecido, hoy reside en Holanda y es licenciada en Estudios Neerlandeses y máster en Latinoamericanos (Universidad de Leiden, Países Bajos). De adolescente recibió una mención de la Bienal de Arte Joven (jurado Adolfo BioyCasares) por *una novela ciberpunk*. En poesía publicó *extrañas palabras* (mención Diario de Poesía, siesta, 1998), *Suecia* (Segundo Premio Nacional de Iniciación, Libros de Tierra Firme, 2006), *Cuaderno* (Ediciones del Dock, 2009) y *Hermanatria* (con María Ester Alonso Morales, Pixel, 2020). *Las fronteras del yo* (Ravenswood Books, 2017) es su ensayo sobre la Argentina de J. Slauerhoff, poeta holandés). Forma parte de las antologías poéticas de Ediciones del Dock y Los detectives salvajes. Ha publicado artículos de cine y literatura, traducciones, cuentos y poesía, en revistas especializadas.

Axel Kicillof

Gobernador de la Provincia
de Buenos Aires

Verónica Magario

Vicegobernadora de la Provincia
de Buenos Aires

Juan Martín Mena

Ministro de Justicia y Derechos Humanos
de la Provincia de Buenos Aires

Matías Moreno

Subsecretario de Derechos Humanos
de la Provincia de Buenos Aires

DERECHOS
HUMANOS

MINISTERIO DE JUSTICIA Y
DERECHOS HUMANOS



GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE
BUENOS AIRES

colección
Narrativas
de la Memoria

A historical map of Salzburg, Austria, showing the city's layout, including the Salzach river, the Untersberg mountain, and various districts like Schallmoos, Eltsch, and Aigen. The map is rendered in a sepia tone.

Las escritoras de Salzburgo

Ni el cuarto propio de Wolf ni la casa de Yourcenar: el espacio de las escritoras de Salzburgo es tan estrecho y vasto como el mundo. Alejandra Szir escribe en esta novela, que fluye y se desparrama como una melodía, un relato y a la vez un ensayo y a la vez un poema.

Paula Tomasoni

La colección *Narrativas de la memoria* como tejido de voces de ayer y hoy, apuesta por fomentar desde la ficción y la no ficción, los diálogos intergeneracionales movilizandando la memoria. *Las Escritoras de Salzburgo*, de Alejandra Szir, se inscribe en esta tarea que llevamos adelante desde la Provincia, porque estamos convencidos que un pueblo con memoria es democracia para siempre.

Matías Facundo Moreno

A photograph of a narrow, cobblestone street in Salzburg, Austria, illuminated by warm streetlights. The buildings are old and have a yellowish tint. A red awning is visible on the left side of the street.

MeVe | ur

KIND
SALZBURGER FILM- und KUNSTZENTRUM

